

ESTUDIOS ARTISTICOS.



LA ENCINA DE DOUL. Copia de un cuadro
que representa un pais del departamento de la Haute-Marne en Francia, por Mr. Esbrat,
25 de setiembre de 1848.

TOMO VI. 25

GLORIAS DE ESPAÑA.

VIRIATO.

I.

Durante aquella época calamitosa de la dominación romana en que los habitantes de la península ibérica, después de haber gemido bajo el yugo de los cartagineses, pasaron a sufrir el no menos ominoso de los romanos, y en uno de aquellos aciagos días en que las poblaciones españolas mas consternadas se hallaban con las tiranías, rapiñas y violentas esacciones de los gobernadores extranjeros, ofreciase un espectáculo de paz y de alegría en una de las mas recónditas aldeas de la antigua Lusitania. Celebrábase allí una boda con un festín campestre, sirviéndose a los convidados cuantos dones ofrecía un país tan favorecido de la naturaleza, y en el que el oro y la plata eran mirados como cosa de poco valor, ante las riquísimas producciones que el labrador obtenía por premio de sus fatigas. Era aquella una escena verdaderamente patriarcal que recordaba la sencillez de costumbres de los primeros tiempos: había allí ancianos venerables rejuvenecidos con el aspecto lozano y festivo de los jóvenes de ambos sexos que tomaban parte en la fiesta, los mancebos ágiles y robustos aunque no de muy elevada estatura, y las doncellas hermosas y modestas, realzando sus gracias con las túnicas labradas por sus manos y en las que con esquisito primor sabían imitar los vivos colores y los matices de las flores. Pero en medio de aquella tranquila y pacífica reunión hacia notable contraste la actitud silenciosa, la frugalidad, y sobre todo, el traje guerrero del nuevo esposo a quien todos festejaban. No se había despojado un momento de su cota, ni de su casco de cuero; ceñida conservaba su espada de dos filos a manera de alfanje, y no muy lejos de sí tenía su pesada lanza y su escudo redondo forrado de pieles. Aquel hombre que había recibido de la naturaleza un cuerpo robusto, se había limitado a un poco de pan y un poco de carne por todo alimento, y en sus ademanes y en sus palabras se le conocía que si bien se acomodaba a las circunstancias y al motivo de la fiesta, despreciaba el lujo y cuanto desdijese de la vida a que él estaba acostumbrado. A pesar de todo, no pudo permanecer tranquilo hasta que terminase la función. Aparecieron de improviso, no lejos del sitio en que esta se celebraba, algunos soldados, cuyo traje era igual al del recién casado que estaba a la mesa, excepto que los penachos de sus cascos no eran tan poblados ni tan vistosos. Uno de ellos, adelantándose a los demás, se acercó al sitio del convite y habló algunas palabras en voz baja con el nuevo esposo que con afán había salido a recibirle, y que después de haberle escuchado atentamente, exclamó:

—Tienes razón, no hay un solo momento que perder.

Dirigiéndose en seguida hacia la joven a la que acababa de dar el título de esposa, la habló en estos términos:

—Si es cierto, esposa mía, que has deseado compar- tir conmigo la fatiga y peligros de la guerra y que anhelas participar de las vicisitudes de mi azarosa vida,

he aquí llegado el momento oportuno, pues es preciso partir.

Por toda respuesta se levantó ella presurosa, y cogiendo una mano de su esposo le dirigió una mirada en que se leía su firme resolución de acompañarle hasta el cabo del mundo, por mas contrariedades que pudieran ofrecerse.

Eucamináronse para despedirse hacia el padre de la joven que presidía la reunión y que sabiendo ya de lo que se trataba, exclamó inquieto:

—¿Tan pronto!

—El peligro me llama, contestó el guerrero, y ademas debo dar, no solo órdenes, sino ejemplo a mis soldados.

—Partid en buen hora, exclamó el anciano: no seré yo el que te retraiga de tus gloriosas empresas, ni impida a mi hija que auxilie y acompañe en sus peligros al primer hombre que toma las armas en defensa de la patria.

Entonces el guerrero colocó a su esposa blandamente sobre su arrogante caballo, subió él en seguida, pasó por la cintura de la joven la mano de las riendas, y cogiendo con la otra su lanza, fué a reunirse a los soldados que le estaban esperando y que hicieron un respetuoso saludo a la joven esposa de su jefe. A los pocos momentos ya todos habían desaparecido, dejando tan tristes como admirados a cuantos habían concurrido a la nupcial festividad.

Este solo rasgo basta para revelar cuales eran las inclinaciones guerreras, la actividad infatigable y el enérgico carácter del heroico libertador de la España, del animoso VIRIATO.

II.

Viriato era uno de los muchos habitantes de Lusitania, que fiados en las traidoras palabras del pretor Sergio Galba y en sus promesas de una paz duradera, se habían dedicado a la custodia de sus ganados y a sacar partido por medio de un acertado cultivo de aquellas mismas tierras que el pretor les concediera; mas cuando la experiencia acreditó que en estas ofertas se encerraba la mas villana alevosía, cuando vio ir maniatados, para ser vendidos como esclavos en los mercados extranjeros, a todos los jóvenes lusitanos que habían abandonado las armas por los instrumentos de labranza, entonces escapando milagrosamente al degüello de sus compatriotas, juró guerra eterna a los romanos, cuya infame traición fué divulgando por todos los pueblos de la campaña, encendiendo en ira los ánimos de los habitantes y haciendo que se resolviesen a tomar venganza. Mas que resolución les faltaba a ellos un caudillo inteligente, un jefe animoso que dirigiese los esfuerzos de todos, y así que creyeron encontrarle en la persona de Viriato, a pesar de su oscuro nacimiento, a pesar de sus sencillas ocupaciones, que tan poco a propósito parecían para las de la guerra, se pusieron bajo sus órdenes para ejecutar al instante cuanto quisiese disponer, seguros de que por lo menos habían de vender caras sus vidas, ya que les fuese preciso sucumbir.

Este pequeño número de guerreros lusitanos, salió

a campaña y atrajo sobre sí todas las fuerzas de que podía disponer el pretor Vetilio, escarmentado ya por las escaramuzas y encuentros en que aquella turba de bandoleros según él los reputaba, había despojado y dado muerte á cuantos romanos se hallaban dispersos ó en pequeños destacamentos por el país. Viriato, profundo conocedor del terreno, atrajo á Vetilio á una emboscada, donde pereció con todas sus tropas, siendo preciso que Cayo Plancio viniese de pretor para continuar la guerra en la Lusitania y castigar la audacia del salteador Viriato; pero este caudillo que contaba con un cuerpo de tropas regulares, no se limitó ya á la guerra de sorpresa y de emboscada, sino que presentó sus tropas en una llanura junto á Evora, y allí en campo raso fueron vencidos los romanos y Viriato apareció por su desnudo y prudencia muy superior á lo que de él se creía. En el año 608 de Roma pasó á España Cayo Unimano para ver si podía reanimar la guerra y cambiar la suerte tan adversa á los romanos; pero fué vencido así como Nigidio y Cayo Lelio que le sucedieron después. La táctica de Viriato desconcertaba á los romanos, que cuando seguros del triunfo iban á precipitarse sobre los guerrilleros, se hallaban bruscamente asaltados por un ataque de caballería. Los ginetes antes de empeñar un serio ataque, volvían grupas con la misma velocidad que habían venido, y en un instante el campo quedaba despejado, pues la infantería de Viriato, que siempre se presentaba en la falda de las montañas, se había diseminado para ir por senderos ocultos á reunirse en los puntos distantes que el jefe tenía señalados de antemano.

Así fué como Viriato á fuerza de audacia, osó con sus valientes partidarios atacar al numeroso ejército con que el cónsul Fabio Emiliano llegó á España, ejército en que se fundaba toda la esperanza de Roma, y al que Viriato logró desorganizar, triunfando también de las tropas de los cónsules Cecilio Metelo y Serviliano, teniendo á los romanos bloqueados dentro de sus mismas ciudades, extendiendo sus correrías hasta las provincias de Murcia y Granada, formando alianza con los arevacos y otros pueblos de la España, y obligando por último á los romanos á que le pidiesen la paz bajo condiciones que le eran en todo favorables.

Cuando los amigos y parciales de Viriato vinieron á buscarle y reclamar su auxilio en el mismo día de sus bodas, graves sucesos iban á trastornar de nuevo la tranquilidad de la España. Había sucedido á Serviliano en el gobierno de ella el cónsul Q. Servilio Cepion, y este hombre apenas llegó, en el año de 613 de Roma, anuló la paz y quebrantó la tregua á impulsos de su codicia, sin que los escasos destacamentos que Viriato tenía diseminados en algunos puntos, pudieran contrarrestar tan inopinado ataque; pero acudió el animoso caudillo con la velocidad del rayo, reunió y reorganizó sus tropas, atajó los progresos de los romanos, les hizo concentrar el grueso de sus fuerzas, y al fin, aparentando disposiciones para una sangrienta refriega, se presentó á vista de Cepion; pero antes le envió dos oficiales de su ejército para preguntarle qué es lo que significaba la fe del senado, y qué crédito había de darse á la palabra romana.

III.

Era ya bien entrada la noche cuando los dos enviados de Viriato volvieron de conferenciar con el cónsul romano. En su calidad de enviados del ilustre caudillo, penetraron sin obstáculo en el campamento, y se introdujeron en la tienda de Viriato con la premura que su urgente comision exigía. El caudillo tendido en su lecho y rendido con los cuidados y las fatigas de la guerra que tan afanosos días le hacían pasar, se hallaba disfrutando un profundo y tranquilo sueño, así al menos

lo indicaban su pausada respiración y las undulaciones de su anchuroso pecho que dejaba casi al desnudo la cubierta de la cama.

Al ver al héroe en tal actitud, una sonrisa feroz brilló en el semblante de los dos hombres que habían entrado en la tienda, de aquellos dos malvados, á quienes el pérfido general romano había logrado seducir, decidiéndolos con falaces promesas á que asesinasen á su jefe, á aquel temible Viriato á quien Roma no podía sujetar con toda la fuerza de sus armas. Acercáronse lentamente á la cama, y el uno de ellos dijo en voz baja:

—La fortuna nos protege. Los mismos dioses parece que le entregan en nuestras manos.

—Animo! contestó el otro, no perdamos la ocasión.

Ya brillaba en sus manos el homicida acero, cuando Viriato en medio de su profundo sueño, respiró con fuerza, hizo un movimiento brusco y varió algún tanto de posición. Los traidores creyendo que el héroe vuelve en sí, se estremecen, y conteniendo apenas un grito de terror, se lanzan despavoridos hacia la puerta de la tienda, empujándose uno á otro; pero volviendo la cabeza al tiempo de salir, reconocen su error y ven que Viriato permanece inerte. Entonces se miran uno á otro como avergonzados de su cobardía, y conociendo que no había tiempo que perder, vuelven con precipitación sobre el lecho y hunden á la vez sus puñales en el indeseado pecho del desventurado caudillo.

¡Qué espectáculo para los soldados de Viriato que tanto le idolatraban, cuando al día siguiente viendo que su caudillo no sale á animarlos con su presencia, ni á dar disposiciones para la batalla, entran sobresaltados en su tienda! Allí estaba estinguida toda la esperanza de España: allí sobre un lecho ensangrentado yacía el misero Viriato, ostentando en el seno dos anchas y profundas heridas. La muerte que le ha privado de toda su actividad y su vigor, no ha podido todavía desfigurar la varonil hermosura de las facciones de su rostro, entonces de una palidez estremada, que realza el negro lustroso de su barba y de su undosa cabellera. Gefes y soldados se disputan el triste consuelo de contemplar los restos mortales de su ínclito caudillo, de llorar sobre ellos y de dar rienda suelta á su dolor y á su desesperación; mas pasada la primera explosión de estos afectos, enardecidos los soldados á vista de aquel sangriento espectáculo, pesados de no haber podido evitar esta catástrofe, piden á gritos venganza, y no sabiendo de quién tomarla, pues los asesinos han desaparecido, agitan sus armas con violenta cólera y acusando á los romanos como autores de aquella perfidia, se arrojan animosos al combate; pero el cónsul romano que muerto Viriato sabe de seguro ha de sucumbir toda la Iberia al poder de la orgullosa Roma, no se inquieta por aquel desesperado esfuerzo, ni cuida de oponerle grande resistencia. Así es que los restos del ejército de Viriato, arrollando por do quiera cuanto se presentaba con nombre romano, llegaron hasta el interior de la Bética y fueron á enriscarse en las mas ásperas y recónditas montañas, donde por privaciones que sufriesen, conservaban ileso el sagrado depósito de sus tradiciones y de su independencia.

IV.

Antes que fuese completa la diseminación de los soldados de Viriato, hubo entre ellos muchos que se reunieron para tributar los últimos honores fúnebres á su esclarecido jefe; lo que llevaron á efecto sin que el enemigo pensase en oponérseles y con una pompa de que no había egemplar en España. Levantóse una elevada pira formada con los sobrepuestos troncos de árboles y corpulentos árboles. El cadáver de Viriato lavado con

aguas aromáticas, revestido con su traje mas magnífico y cubierto con un tapete escarlata, fué conducido en hombros de sus amigos y colocado en lo alto de la pira, mientras que al rededor de ella y á distancia competente se formaban los soldados con las lanzas vueltas hácia la tierra y con la consternacion pintada en el semblante, viéndose tambien correr algunas lágrimas por los rostros casi feroces de muchos de aquellos guerreros. Hiciéronse los sacrificios y deprecaciones de costumbre, y para honrar de un modo solemne la memoria del heroico defensor de la España, combatieron al pie de la pira muchos y muy esforzados gladiadores, entre los que se contaban todos aquellos fieles amigos del difunto que

no querian sobrevivirle, todos aquellos soldados que se esponian con gusto á las contingencias de aquella peligrosa y casi mortal lucha, para espirar si fuese posible delante de su gefe, antes que la funebre hoguera consumiese sus restos mortales.

Cuando las rojizas llamas empezaron á elevar sus piramidales puntas alrededor de los leños, y un humo denso iba envolviendo por todos lados la pira, resonaron en todo el campo los suspiros, las exclamaciones y otras muestras de dolor con que los soldados se despedian de su gefe, á todo lo cual sucedió bien pronto un triste silencio. En medio, pues, de este silencio de abatimiento y de desesperacion, el anciano sacerdote que



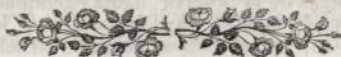
MUERTE DE VIRIATO.

mudo y como traspasado por la pena habia dirigido todas las ceremonias religiosas, cediendo á una repentina y violenta inspiracion, elevó su conmovida voz en estos términos:

—Oh! Viriato, esclarecido varon, cruelmente sacrificado en las aras de la patria que en ti fundaba su última esperanza, recibe el postrer homenaje que te consagran tus soldados y todos aquellos que obedecian tus órdenes: ros que seguian con entusiasmo al que siendo el primero en los combates, nunca fué ni quiso ser mas que otro

soldado como ellos. No será perdido, no, el noble egemplo que nos has dejado, por mas que sin tí ya no podamos realizar tus heroicas empresas. ¡Oh! Viriato, sombra querida, que tus cenizas descansen en paz y que tu glorioso nombre pasando hasta los siglos mas remotos, sea invocado por las generaciones venideras, siempre que traten de vengar los ultrages ó de recobrar la perdida independencia de la patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS RECREATIVOS.



RETRATO DE CATALINA II, EMPERATRIZ DE RUSIA.

MARIA TARAKANOF.

NOVELA HISTÓRICA.

I.

INTRODUCCION.

Semejantes a aquellas víctimas de la suerte que en los primeros tiempos se creían señaladas con el sello de la fatalidad, ciertos países parecen predestinados a la desgracia y a la destrucción. Entre estos, la Polonia está seguramente colocada en primera línea, y aunque

su valor caballeresco y su ardiente patriotismo, produjeron hechos prodigiosos, sin embargo ha llegado a estrellarse delante del inexorable destino.

Aquella valerosa nación, encerrada en un círculo de opresores, ha visto sus provincias, sucesivamente despedazadas, pasar una despues de otra al poder de los primeros tiranos, sin que un brazo amigo se adelantase á defenderla.

Durante los años que precedieron á la division de 1771, cuando se empenó la lucha entre la independencia nacional y la tiranía estrangera, se convocó á todos los estados cristianos; permanecieron sordos á este unánime llamamiento, y solamente los turcos acudieron al socorro de un pueblo católico.

Pero Catalina, aquella hábil soberana que se convirtió en hombre grande, para que el pueblo olvidara que le faltaban las virtudes de la muger, y que pensa-

ba haber enjugado completamente sus pies ensangrentados con la púrpura del trono; Catalina, después de haber impuesto un rey á la Polonia, quiso humillar al país como había humillado al monarca.

La oposicion de la Turquía en sus proyectos de emancipacion, estaba prevista y combatida de antemano. Algunos agentes secretos habían recorrido la Grecia, hablando de libertad, de nacionalidad, reconquistada en nombre de un poder despótico aplicado con tenacidad á reducir al servilismo á un pueblo libre y generoso.

Mientras que aparecian algunas sublevaciones parciales, se preparaba una expedicion marítima. Alejo Orlof obtuvo el mando de ella, aunque en toda su vida había dirigido una barca; pero su presuncion reemplazaba al talento. Ascendido repentinamente al grado de general, este soldado feroz, cómplice de Catalina y hermano del favorito, tuvo almirantes á su devocion..... Su poder no podía menos de ser reconocido.

Con admiracion de la Europa entera, la flota rusa, adelantándose en el mar del Archipiélago, se encontró á la escuadra del capitán Pacha, y el incendio de los bageles turcos en la bahía de Tchesmé justificó aquella temeridad.

I

UNA MISION HONROSA.

Petersburgo resplandecía con sus brillantes iluminaciones; celebrabanse grandes festejos, lo mismo en las calles que en el palacio, y Catalina parecía hallarse entregada enteramente á la alegría de la victoria. No obstante, sobre aquella frente de apariencia tranquila y grave, un observador atento hubiera podido adivinar que detrás del orgullo de su triunfo, se ocultaban algunos pensamientos sombríos, algun secreto presentimiento.

Pero el semblante de Orlof revelaba el gozo sin mezcla de pesar; aparecía con todo el regocijo que puede suministrar una vanidad satisfecha. Sus facciones que participaban de una hermosura hasta cierto punto grotesca, expresaban con arrogancia la superioridad que creía haber adquirido, y su mirada se dirigía desdeñosamente sobre los mas grandes señores, á los cuales dominaba con su alta estatura.

Nada es mas vano que la arrogancia dichosa; admirada de su triunfo, sospecha incredulidad en los otros, y llega á persuadirse á fuerza de creerse á si propia.

Por otra parte, la baja adulacion que Alejo veía entre los cortesanos, contribuía á fortificar la grande estimacion que concedía á sus hazañas y á sus talentos; de suerte que la residencia de Petersburgo le agradaba sobremedura, y determinaba prolongar su permanencia algun tiempo mas; pero Catalina había decidido otra cosa. Cierta noche, los jardines deliciosos de Czarskózeło estaban iluminados; en lo interior del palacio los placeres del baile sucedían á las melodiosas sinfonías de instrumentos invisibles, y tan hábilmente manejados que los sonidos deliciosos de la orquesta parecían conducidos por la brisa, con el perfume de las flores.

Catalina se presentó lujosamente vestida y con un semblante dulce y benévolo: escuchó de cuantos la rodeaban palabras que la hicieron concebir las mas lisonjeras esperanzas y escitaron su gratitud. Cuando el baile distrajo la atencion de los concurrentes, Catalina desapareció á un signo imperceptible, advirtiéndole á Alejo que la siguiera á uno de los aposentos mas retirados de aquella mansion. ¿Qué iría pensando durante

el tránsito? El hermano del favorito podía con razon concebir los mas ambiciosos proyectos; pero cuando llegó al último salon, Catalina dispuso bien pronto sus iluminaciones.

—Tengo otra vez necesidad de vuestros singulares servicios, dijo Catalina con acento grave; escuchadme, Orlof; y diciendo esto, señaló con la mano una silla de tijera á su oyente un poco desconcertado.

Teniais derecho á esperar algun descanso despues de haber destruido la fuerza del suelo enemigo que cometió la audacia de atacar mi imperio; pero nuevos peligros surgen mas cerca de mi imperial persona. El oro y la intriga circulan por entre mis súbditos; se urden tramas odiosas; he sabido penetrarlas y descubrirlas sigilosamente y sin castigo, pues de la sangre de los culpables nace siempre un ardiente deseo de venganza; mas una trama urdida con mayor destreza, no ha podido todavía romperse bajo mi poder. Radzivil, uno de los héroes de la rebelion polaca, procurando deslumbrarme con apariencias de reconciliacion, ha venido aqui con el solo objeto de robar á la jóven Tarakanof, á ese producto de los amores clandestinos de la emperatriz Isabel con Razumoffsky, esperando hacer de esa niña una bandera cuando vea ocasion oportuna.... Lo ha conseguido, la condujo á Italia, la educa con cuidado y esmero y trabaja obstinadamente en adquirirle prosélitos.

A fin de dotarla de una apariencia de derecho al amor de los rusos, determinan, se atreven.... (en esto las mejillas de Catalina se enrojecieron, y dos venas azules se dibujaron en su frente), se atreven á dudar acerca del nacimiento del gran duque, al paso que han inventado un casamiento secreto para legitimar el origen de la jóven princesa.

Con mis amenazas y mis promesas, he conseguido que el príncipe Radzivil abandone este culpable patrocinio; deja á su discipula languidecer en la oscuridad; pero al primer triunfo de su partido, volverá á echar mano de ese maniquí político, para mostrarme á esa multitud que siempre cree hallar en una revolucion maravillosas ocasiones de contentar sus deseos.... Es preciso secar este manantial emponzoñado, y como conceptúo en vos tanta habilidad como celo, he puesto los ojos en vos para dar fin á esta empresa.... Mañana os serán dadas mis instrucciones, y partireis sin dilacion..... Ahora es menester hacernos presentes en el salon del baile, porque una ausencia mas prolongada se notaría.

Si el sentimiento de alejarse de la escena de sus mas brillantes triunfos arrancó un suspiro á Orlof, al momento se ahogó con la esperanza de ver acrecentarse aquel favor de que era objeto, y las ardientes manifestaciones de un celo que no retrocedía delante de ningún crimen, debieron probar á Catalina que su eleccion había sido acertada.

III.

LA DESTERRADA.

En la estremidad de la Via Appia, en Roma, se elevaba una modesta casa, cuyo exterior ruinoso no se percibía, merced al pintoresco paisaje que con sus frondosos y copudos árboles encubría el notable deterioro de aquella solitaria mansion; pero su interior despojado como era consiguiente de este adorno natural, mostraba una desnudez, que no podía disimular ni aun la mas estremada limpieza. Dos mugeres muy jóvenes habitaban esta pobre morada: al ver sus blanquimas frentes y sus rubios cabellos, no podía menos que reconocerse

en ellas que eran hijas del Norte; pero si bien habían nacido bajo la influencia de un mismo clima, sus fisonomías revelaban sin embargo un origen diferente. La mayor, que se llamaba Paulowska, parecía tener con corta diferencia unos veinte años, y se advertía el mas poderoso encanto en la dulzura de su mirada, y en el tierno sentimiento que se pintaba en todas sus facciones. Su compañera apenas podía atestiguar aquella época en que las formas delicadas de la adolescencia se reemplazan con las de la juventud en su florida perfección, y á pesar de todo, su aspecto inspiraba tanto el respeto como la admiración.

Su andar fácil y magestuoso, su hermosa frente ancha y tersa como el marfil, sus ojos llenos de inteligencia, sus pobladas y arqueadas cejas, sus labios de coral, y que se contraían con tanto desden á la sola apariencia de una ofensa, todo indicaba en ella que el noble orgullo se halla tan distante de la presuntuosa altivez, como la virtud del vicio.

Una señora anciana era la única destinada al arreglo de la casa de las extranjeras; pero Paulowska procuraba reemplazar con sus infinitos cuidados, todo cuanto su compañera estaba acostumbrada á recibir; pero, ¿qué puede la afección mas decidida y desinteresada cuando faltan los recursos materiales?

Por desgracia hay en la vida otras exigencias además de las del corazón, y por mas que nos esforcemos á tratarlas con desprecio, concluyen por someternos á su natural imperio.

Por eso, á pesar de los esfuerzos de Paulowska, la miseria se adelantaba á pasos agigantados, dispuesta á destruir entre sus brazos helados las víctimas de una política bárbara.

Cuatro años antes, es decir, cuando el principe Radzivil había llevado á Roma á la niña, tan decadente á la sazón con su compañera, la rodeó de riqueza y lujo. Infinitos amigos mostraban hacia ella la respetuosa deferencia concedida á su rango elevado, y con sus palabras fortificaban las ambiciosas esperanzas que el principe le había parecido bien engendrar en aquella alma tan joven.

Pero los gastos hechos por el principe le obligaron á volver á Polonia con el fin de llenar nuevamente sus cofres vacíos... ¡halló sus bienes confiscados! Catalina le propuso volver al goce de todos sus bienes, si le entregaba á Maria Tarakanof; el principe se negó á ello con entereza y lleno de indignación, y su resistencia duró tanto como la suma que había sacado de la venta de sus diamantes y de algunos objetos preciosos, y agotados los intereses, el asunto varió de aspecto y hasta cierto punto se modificaron las proposiciones de Catalina; esta estipuló solamente el completo abandono; el principe aceptó y volvió á entrar en posesión de sus bienes. Desgraciadamente, en la combinación anatómica del hombre, el estómago se encuentra cerca del corazón, y las reclamaciones del uno tienen una poderosa influencia en las determinaciones del otro.

Durante aquel mismo periodo en que su protector había estado vacilando, Maria vió desaparecer sucesivamente, el lujo y los cortesanos, las riquezas y los numerosos criados, la comodidad y los amigos; en una palabra, el sencillo bienestar. El ama de llaves que el principe había puesto al lado de la joven, se condujo heroicamente, pues no se despidió sino despues de la partida del cocinero.

Paulowska quedó sola al lado de la infortunada, que en su respetuosa reserva no se atrevía á llamar su amiga y á quien consagró su vida entera; pero Maria comprendió el valor de esta ternura, sobre la que obraba la desgracia como la prosperidad en las almas vulgares; lanzóse llorando en los brazos de su generosa compañera y la dió el dictado de *hermana*.

Paulowska casi tuvo remordimientos de sentirse tan dichosa!

El título que acababa de recibir la imponía deberes, los que fueron llenados con firmeza: hizo abandonar á la princesa el palacio de la Strada del Corso, ya desierto y sin muebles, por el humilde retiro de la Via Appia: algunos restos de la pasada opulencia subvinieron durante un largo y penoso tiempo de espera, á las necesidades de una vida de economía y estrechez; pero el silencio inesplicable del principe Radzivil, concluyó por llenar de tristeza el alma de Maria y de confusión á Paulowska, que veía con cierta especie de terror á cada uno de los ducados que desaparecían de sus manos sin esperanza de darle un sucesor.

En el silencio de las noches se desvelaba pensando en los medios de utilizar algunas horas robadas al sueño; mas ¡ay! cuando llega el instante de vernos necesitados, cuando el pedazo de pan que debe sostener nuestra vida se halla hipotecado en nuestro talento y en nuestro trabajo, ¡qué pronto este talento tan aventajado cuando era inútil, se debilita de repente! ¡qué pronto este trabajo que pagamos tan caro cuando proviene de manos ajenas, halla solo una miserable retribución!... De modo que la palabra *imposible*, salía á cada momento de los labios de Paulowska cuando meditaba los medios de subvenir á tan perentorias necesidades.

Maria, á quien su compañera ocultaba una parte de sus angustias, se esforzaba en cambiar la agitación de su alma con la agitación de su cuerpo; emprendía largos paseos por el campo, pareciéndole que marchaba delante de los acontecimientos y que los precipitaba. Una tarde, al volver de sus periódicas escursiones, se detuvo en la cima de una colina, sentóse sobre un fragmento de columna para respirar el aire fresco que empezaba á levantarse; despues, apoyando su cabeza en uno de sus brazos, pareció como que seguía con la vista un objeto invisible.

—¿Qué esperais? preguntó dulcemente Paulowska que la contemplaba en silencio.

—Nada, y sin embargo experimento el dolor de un engaño. ¡Ah! Estoy cierta de ello, tú tambien, Paulowska, tú tambien piensas en tu país, tú tambien buscas en las facciones del desconocido transeunte ciertos recuerdos de la patria, ciertas semejanzas con facciones amigas.... Lo mismo que yo, tú debes sentir la amargura del destierro.

—No, querida princesa, respondió Paulowska poniéndose cariñosamente á sus pies; pues serviros y amaros es el único objeto de mi existencia.... ¡Pobre huérfana!... Yo no tengo mas que á vos en el mundo, mi país es aquel en donde esté con vos; el verdadero destierro seria vivir lejos del objeto de mi ardiente y sola afección.

—No obstante dijo la princesa enternecida, yo tambien te amo con ternura y siento á mi corazón lanzarse hacia Rusia.... Bajo este hermoso cielo siento sus nieves y sus rudos inviernos; el soplo caliente que aspira mi pecho y el delicioso perfume que exhalan estos naranjos, todo procuro mezclarlo con el áspero olor de nuestros pinos.

Los mismos pensamientos la agitaron toda la noche, y al amanecer cuando su fatiga iba cediendo, una voz aguda la sacó de repente de su mental desvanecimiento. Escuchó; habíase entablado un diálogo entre Paulowska y un extranjero.

Las palabras Rusia, Moscou y caravana, penetraron dulcemente en los oídos de la princesa; echóse un vestido al instante y entró con prontitud donde se hallaban los interlocutores.

IV.

LA CAJITA MISTERIOSA.

Un anciano de baja estatura, vestido con una especie de sayal bastante oscuro, ancho, sujeto por un miserable cinturón y cuyo rostro seco y arrugado, la nariz puntiaguda y los ojos casi ocultos bajo un espeso entrecejo, indicaban al menos el ardid tan cercano de la doblez, gesticulaba con viveza y levantaba gradualmente la voz. A la vista de la princesa, moderó al instante el diapason y se inclinó humildemente.

—¿Venís de Moscou? preguntó María, deseosa de oír hablar de Rusia.

—Sí, señora; he venido á cambiar en esta ciudad algunas telas de Oriente.

Y apresurándose á abrir un fardo, presentó algunos géneros y cajas de China llenas de té. Mas un olor penetrante, particular á las pieles preparadas en Rusia, se esparció en el aposento, y María, rechazando todo lo que tenía delante, se apoderó de una pequeña cartera cerrada por un simple candado de acero, y al punto que la tuvo en sus manos, el judío, reuniendo su mercancía y volviéndola á colocar en su sitio, dijo que su asociado que le esperaba fuera, tenía otros objetos de este género mas bien trabajados, y se ausentó con su fardo.

—Este hombre se ha aprovechado de la ausencia de nuestra guardiana, dijo Paulowska, y estoy persuadida que traía algun oculto designio.

—Sin duda el de robarnos, respondió la princesa sonriendo tristemente; además, este género de especulación no podía ofrecerle aqui cambios muy favorables. Pero, nos ha dejado una cartera; mejor todavía..., se ha dejado olvidada aquella cajita que percibo en el suelo en aquel rincon.

Con todo, el tiempo trascurría, y el judío no volvió á aparecer. Paulowska pasó fuera á buscarle, y no descubrió ni el mas leve vestigio del misterioso mercader. Entonces María abrió un poco el candado de la cartera, imaginando que contendría alguna indicación. Deslizóse un papel en el que se hallaban escritas estas pocas palabras: *Abrid la cajita.*

Paulowska, recelando algun peligro desconocido, se precipitó sobre la caja; la tapa cedió fácilmente, y descubrió algunas alhajas; pero una especie de cartulina, enmudo de cuyos adornos dorados se leía en lengua rusa: *Homenaje de súbditos fieles*; hirió antes que todo la mirada de María: sus labios exalaron un grito ahogado de indecible dicha.

—Ya lo ves, Paulowska; no estoy aun enteramente olvidada!

Los días que siguieron á esta estraña aventura, se pasaron en medio de una febril impaciencia. Al mas ligero ruido, los ojos de María se encaminaban á la puerta, que le parecía no podía abrirse mas que para dar acceso á algun importante mensaje. Esta ardiente esperanza, ora desvanecida, y luego vuelta á renacer, exaltaba cada vez mas su imaginación, y á pesar de todo nada venía á anunciarle un nuevo incidente. La vida de las dos desterradas volvió á tomar su melancólica uniformidad, y aquella soledad en que vivían, no era turbada mas que por las raras visitas de algunos antiguos amigos del príncipe Radzivil.

La conciencia prescribe no abandonar el infortunio; el egoísmo juzga prudente alejarse de él, á fin de no alterar la una siguiendo los consejos del otro. De vez en cuando se suele decir al desgraciado: *aquí estoy*; pero todos se acercan con las precauciones sanitarias que exigiría un mal contagioso.

Por eso el corazón de María, comprimiéndose con el

contacto de este hielo, no se sentía con ganas de comunicar á personas estrañas el singular incidente que reanimaba sus esperanzas.

A fuerza de ver trascurrir los días, esperando siempre á mañana, había llegado á aquel parasismo de escitacion, siempre seguido de un decaimiento que entrega á la razón á la primer emoción violenta que se siente. María no esperaba ya, cuando otra vez, durante la ausencia de la anciana Bárbara, volvió á presentarse el judío. Paulowska llena de agitación se apresuró á presentarle á la princesa.

María se estremeció, y sin dejarle acabar sus profundos y respetuosos saludos,

—¿Quién sois? preguntó pálida y temblando; ¿quién os envía? ¿A qué tanto misterio?

El judío derramó su mirada en derredor del aposento silenciosamente.

—¿A qué tanto misterio? repitió en voz baja el judío. ¿Ignorais, pues, augusta princesa, que estais rodeada de peligros inminentes? Pero teneis amigos que velan por vuestra vida, amenazada por la emperatriz Catalina.

—¿Cuáles son esos peligros? Nombradme mis defensores, replicó María; ¿se me debe ocultar lo que atañe á mis intereses? Si vos venís aqui por orden de mi protector, sereis indudablemente portador de alguna carta.

—Vuestro primer protector, princesa, respondió el judío, con un acento de profunda conmiseración, os ha abandonado completamente. Los peligros que correis, ¿tengo necesidad de señalároslos? ¿no sabéis que una voluntad cruel y despótica persigue á la legítima heredera de un trono usurpado con la ayuda de un asesino? Pero lo repito, princesa, teneis amigos constantes que sostendrán vuestros derechos; un gefe temible por su valor y su influencia hace grandes esfuerzos, y...

—¿Y ese gefe, ese gefe, interrumpió María con impaciencia y calor, ¿quién es?

—Concedle, princesa, el honor de hacerse conocer en persona.

—¿Y quién me garantiza de que vos no me tendéis un lazo? Esos peligros de que habláis, ¿acaso los prepara la traición! Un desconocido se presenta á mi como enviado de otro desconocido; me será preciso marchar como una ciega hacia mi salvación ó mi perdición!

—¿Qué podría ilustraros, señora, el nombre oscuro de un pobre judío? Solamente por sus servicios *Ben Assai* procurará dejar algun vestigio en vuestra memoria, y si fuese un traidor no hubiera empezado por despertar vuestra desconfianza; mas una sola palabra de mi illustre gefe os convencerá mejor que todos mis discursos, si os dignais recibirle. El vendrá solo, y lejos de buscar sorprenderos, se entregará sin defensa á cuantas precauciones os agrade tomar.

Una mirada de María hacia Paulowska, pareció preguntar: ¿que es necesario hacer? Pero espresaba al mismo tiempo un deseo tan vivo de aceptación, que la respuesta fué únicamente un signo de asentimiento.

Los ojos de *Ben Assai* dejaron ver una alegría deliciosa. Paulowska sorprendió este movimiento y se estremeció; sin embargo, su fisonomía cambió repentinamente bajo la apariencia de una humildad tan sumisa, que aquella creyó desde luego no haber tenido razón en su sospecha.

Faltaba fijar el día de la entrevista, y *Ben Assai* propuso que se verificase á la mañana siguiente; los momentos, decía, son preciosos.

—¿Pues bien, sea, mañana! exclamó María enérgicamente; ¡yo no puedo por mas tiempo soportar esta incertidumbre!

Se convino en que la vieja Bárbara se alejase bajo cualquier pretexto, y que el desconocido fuese introducido á la caída de la tarde por Paulowska.

¡Con cuánta lentitud trascurrieron para la princesa, las horas del siguiente día! Seguía con ansiedad la marcha del sol, y sin embargo, cuando sus últimos rayos desaparecieron, cayó abatida sobre el asiento que tantas veces le había hecho abandonar su impaciencia.

El príncipe Radzivill, derramando la semilla de la ambición en el alma de una niña, con la que tal vez esperaba en secreto dividir el poder, había encontrado un terreno muy á propósito para hacerla fructificar. Una especie de instinto de raza parecía dar á este novel talento, cierto gusto prematuro de los goces reservados al poder. María, afortunadamente alejada á tiempo de una corte corrompida, había conservado en una vida ocupada en el estudio, y acompañada de una persona de buenas costumbres, todas las virtudes de la primera edad. El orgullo de su carácter se ligaba con la bondad activa, con una exquisita sensibilidad; pero aspiraba con energía á la posesión de un poder que hubiera deseado egerecer para la felicidad de todos.

Un golpecito dado á la puerta separó á la princesa de aquella especie de letargo en que había quedado sumergida; temblorosa como si hubiese recibido una conmoción eléctrica, apoyó la mano en su corazón, y procuró desesperadamente recuperar sus fuerzas... su suerte iba á decidirse en aquel momento.

V.

UN NOMBRE.

Paulowska se presentó, detúvose en el umbral de la puerta, é hizo señas para que entrase, á un hombre de alta estatura embozado en una capa y con el rostro cubierto por un sombrero de anchas alas: mas él también se detuvo sorprendido y admirado. Por un movimiento involuntario, María se había levantado. La luz de las bugías que ardían á cierta distancia, en un globo de cristal, alumbraba de lleno su noble y hermoso rostro, al par que su talle gracioso y flexible, y sus vestidos blancos permanecían sombreados por una vaga media tinta. Su temblorosa mano, y de una forma tan delicada, parecía que buscaba un apoyo que sus ojos turbados ya no acertaban á encontrar.

El desconocido echó abajo el embozo que cubría su rico uniforme, y descubriendo su cabeza con cierta especie de dignidad, mostró sus facciones, cuya belleza admirable, pero severa, estaba dulcificada por una violenta emoción.

—En fin, señora, dijo doblando la rodilla delante de María, ya obtengo la dicha tan ardientemente deseada, de poder jurar á vuestros pies que mi vida es vuestra. Hace mucho tiempo que se había empleado en servir por *vuestra causa*; pero despues que invisible á vuestros ojos os he contemplado ¡conquécelo no la consagraria á *vuestra persona*!

—Levantáos, caballero, dijo María con cierto sobresalto, esta humilde actitud no conviene al que se declara protector de una huérfana desterrada.

El extranjero obedeció y aproximó á la princesa uno de los magníficos y raros sillones del aposento.

—Os estoy muy reconocida, dijo María; deseo saber toda la estension del beneficio y el nombre del bienhechor.

—¿Quéos importa el nombre, señora, cuando existen las tentativas de un asunto que tiene por objeto colocar en el trono á su legítima soberana? A su voz, sentimientos semejantes á los que me animan se han despertado; vuestro partido se aumenta diariamente, y muy pronto reclamará vuestra presencia. Yo confieso mi audaz presunción, me he atrevido á esperar que me será conce-

dido dirigir vuestra marcha hácia los defensores reunidos por mis cuidados, llevaros en triunfo al imperio que debe perteneceros, ó sucumbir en vuestra defensa.

Estas palabras pronunciadas enérgicamente, conmovieron profundamente á María; no obstante, un resto de prudencia le suministró la fuerza de insistir acerca de la importante revelación que reclamaba.

—Mientras mas me demostrais, replicó María, vuestros derechos á mi eterno reconocimiento, mas imperioso haceis el deseo de saber á quién debo confiar mi destino.

—Perdonad, señora, este misterio. ¡Ay! es necesario: me ha sido preciso haceros conocer mis acciones antes de revelaros mi nombre; y Dios solamente sabe lo que yo he sufrido al pensar que acaso uno os haria dudar de los demas. ¡Cuántas veces siguiendo vuestros pasos en el campo, he procurado adivinar en esos ojos, á la vez tan orgullosos y tan dulces, lo que podía esperar de vuestra indulgente confianza! En fin, vuestro interés lo exigia, y yo he debido daros á conocer. Pero concededme un momento de vacilación todavia; séame permitido no abrir el abismo dispuesto á sumergir la gloriosa felicidad que he soñado: un día nada mas, lo imploro como una gracia; no exijais este secreto hasta mañana. Dignáos concederme una segunda entrevista en el campo, bajo aquel cielo, testigo de la santidad de mis juramentos.

Encerrada en un carril de misteriosas esperanzas y de insufribles incertidumbres, ¿pudo María negar este favor? Se convino, pues, en que al día siguiente se verificaria un encuentro de apariencia fortuita, al ponerse el sol, bajo las sombras solitarias que circuyen la fuente Egeria.

Despues de la ausencia del extranjero, Paulowska, cediendo á sentimientos silenciosamente comprimidos, bañó de lágrimas las manos de María.

—¡Ah! exclamó, despues de haber llorado tanto nuestra desgracia, presiento que otra mayor nos espera: la fisonomía de ese hombre no me inspira sinceridad; la ternura del corazón como la ternura maternal, está dotada de una especie de instinto que advierte el peligro.

—Querida Paulowska, se crea á menudo una inquieta solicitud lo mismo que peligros imaginarios. ¡Ah! deja que mi pobre corazón se reanime con la esperanza de mejores dias. Piensa en ello, amiga mía: volver á ver mi Rusia, entrar de nuevo en mi querida patria, no como proscripta, sino como heredera del trono de los czars!

Y María, con las mejillas inflamadas, los ojos centelleantes y sus dos manos cruzadas sobre su pecho, daba gracias á la Providencia por haber cumplido este acto de justicia.

—¡Ah! continuó, aquel que despues de los años que han transcurrido en el abandono, hace resonar en mi oído las palabras apoyo y adhesión, ¿no debe por ventura hacerse acreedor de mi mas cumplido parabien? Mañana lo sabremos todo; al menos gozaré algunas horas de una deslumbrante ilusión.

Paulowska no respondió nada, pero prometió secretamente redoblar su vigilancia.

Cuando las dos amigas llegaron al lugar de la cita, vieron con notable sorpresa, que el extranjero del día anterior, recorría con paso impaciente las cercanías de la fuente. Al instante que las vió, se puso delante de la princesa, condujola respetuosamente debajo de un árbol donde se vió una especie de banco improvisado con algunas piedras rotas, y el extranjero se sentó tambien dando frente á la princesa sobre otro grueso peñasco.

—Señora, dijo con gravedad; sé cuales deben ser mis primeras palabras, y no daré ocasión á que se recuerde mi promesa.... ¡Yo soy *Alejo Orlof*!...

VI.

ADIOS, PRUDENCIA.

Al escuchar estas terribles palabras «yo soy Alejo Orlof» María, lanzó un grito de espanto, se levantó al instante y murmuró con voz ahogada.

—Entonces, vos sois un traidor!... Llamad a vuestros emisarios, y apoderaos de una víctima demasiado crédula.

—Estoy solo, señora, dijo Orlof con abatimiento, y vos estais tan libre como yo, y a pesar de vuestro rigor yo permanezco resueltamente ligado a vuestro destino. Si me juzgais indigno de serviros, otro tendrá la gloria de ser el jefe de una noble empresa; pero no podeis, señora, quitarme el derecho de morir oscuramente en vuestra defensa.

El dolor y la emoción prestaban nuevo atractivo a la altiva belleza de Alejo. María conmovida a vista de su sumisión resignada, sentía mostrarse flexible.... Sin embargo, replicó con firmeza.

—¿Cómo podreis, caballero, presentarme un defensor en el cortesano favorito, ó mejor dicho, en el cómplice de mi cruel enemiga?...

Paulowska que desde el primer movimiento, se habia interpuesto entre María y Orlof, exclamó:

—Querida princesa, no le escuchéis; esa aparente adhesión, tan brillantes y deslumbradoras promesas, son un ardid, una mentira.... No puede brotar agua salufera un manantial emponzoñado.

—No puedo ofenderme, respondió tristemente Alejo, de la injusta desconfianza, hija del cariño perfecto que os profesa esta jóven; ya yo habia previsto el horror que os inspiraria mi nombre. Mas ¡ah!... ¿podeis sospechar fraude en el que voluntariamente se espone al horroroso peligro de recibir vuestro odio mas bien que engañaros?

Este argumento produjo cierta impresion en la princesa: volvió a sentarse en el banco, y Alejo de pie a una respetuosa distancia, se apresuró a continuar con vehemencia:

—Vuestra justicia me concederá, señora, el derecho de la defensa que jamás se niega a ningún acusado.

Y un movimiento de orgullo prontamente reprimido, coloró sus mejillas.

—En una época funesta, prosiguió, diestras sugestiones decidieron a mi hermano a entrar en un complot cuyo objeto parecia ser únicamente el de proteger a una jóven y hermosa princesa y a una niña inocente contra los cobardes proyectos de abandono y hasta contra la crueldad de un tirano, cuya extravagancia tocaba ya en los límites de la locura. Yo tambien abracé esta causa con entusiasmo; me parecia que era noble y justa. Cuando mas tarde mi hermano presintió las horribles consecuencias de este suceso, irresistibles seducciones le arrebataron el poder y hasta la voluntad de resistir... Los celos, señora, hacen feroz al alma mas generosa. Aquella especie de embriaguez que siempre producen el tumulto y los peligros de una revolucion calmada, todo cuanto habia pasado se fijó bajo su verdadera luz en mi memoria. La aversion y el disgusto hacia el poder vencedor, sucedieron al entusiasmo hacia el débil y el oprimido; pero, ¿qué podia yo hacer? Mi hermano cegado por la pasión me hubiera entonces tratado como a enemigo. Reducido al simple papel de observador, estudiaba silenciosamente la marcha de los acontecimientos... Trajeron estos como yo lo habia previsto, la ingratitude y la inconstancia. Los ojos de mi hermano se abrieron, la nacion soportaba con vergüenza el yugo impuesto por el vicio y el asesinato, y el porvenir no le ofrecia otra cosa que una sucesión de usurpaciones culpables,

pues la patria desaprobaba secretamente a su futuro asesino. Estos sentimientos despertaron naturalmente el recuerdo del legitimo sucesor que el destierro conservaba en Rusia.

Tal vez fui yo uno de los primeros que pensaron en este cambio. Consagrarme sin reserva a tan noble causa, arriesgar por ella mi vida si fuese necesario, era una expiación. Era preciso adquirir poder é influencia para conseguir el objeto; ¿cómo he ganado ambas cosas?... sirviendo a mi país, combatiendo a los enemigos de Rusia.

Apareciendo obediente a las instrucciones de una política engañadora, he sabido volver contra vuestra enemiga sus proyectos de intriga, y crearos fuerzas auxiliares bastante poderosas para ver lucir muy pronto los felices dias, en que orgulloso de vuestro asentimiento pueda arrancarme esta máscara de prudente disimulo tan penosa de llevar.

La Grecia, engañada, ha presenciado un cobarde abandono despues de las promesas de emancipacion propagadas en nombre de Catalina; entonces mis agentes secretos, entre los cuales debo nombrar a Ben Assaï, se deslizaron entre estos valerosos ciudadanos, se les reveló vuestra existencia y vuestros derechos; «colocados, les decia, bajo el patrocinio de la inocencia y de la virtud, no hay duda que obtendreis la libertad!»

Los nobles corazones han respondido a este llamamiento, y vuestro nombre, señora, ha llegado a ser el grito salvador de las tribus mas valerosas, como tambien del resto mutilado de los sublimes defensores de la Polonia. Cuanto Catalina posee es vuestro; contad ahora con el valor de vuestros soldados.

He aqui, señora, añadió Alejo haciendo una modesta reverencia, lo que yo habia hecho, y entonces, aun no os habia visto.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tan apasionado que recorrió por las venas de la princesa un estremecimiento hasta entonces desconocido para ella.

Desde este momento comenzó a tener confianza en su interlocutor.

Si Alejo habia podido concebir alguna incertidumbre sobre la victoria que acababa de ganar, María tuvo cuidado de disiparla.

—Os creo, dijo esta con nobleza, os quiero creer; mi alma desecha el pensamiento de que fuese empleada tanta perfidia contra una huérfana que tiende la mano para recibir el socorro que parece que Dios le envia.

Y juntando la acción con las palabras, María tendió en efecto la mano hacia Alejo, el que cogiéndola, la oprimió respetuosamente contra sus labios; en seguida, como llevado por una inspiracion repentina:

—Si, señora, exclamó, la Providencia muestra visiblemente sus designios. Dirigid vuestros ojos hacia esas ruinas, esos son los restos de un templo dedicado al Dios de los arrepentidos; juro que no habrá un augurio mas exactamente anunciado respecto al porvenir.

Parecia que animaba a Alejo un entusiasmo tan sincero, que la misma Paulowska calmó sus recelos.

Sucesivamente se fueron dando nuevas citas. Alejo no tenia que dar cuenta de los progresos de sus agentes? Si, pero las palabras tiernas ó apasionadas se iban mezclando tanto poco a poco a las nuevas dichas, que llegó a ser difícil a la princesa distinguir si unas u otras le hablaban con mas dulce satisfaccion.

Mientras mas pura es un alma, mientras mas oprimida se encuentra bajo la fria opresión de la desgracia, mas fácilmente se dilata al calor penetrante de la pasión; Parecia tan armonioso su lenguaje en el oído acostumbrado a las monotonas entonaciones de la indiferencia!

María no solamente recibia de Alejo la dicha de

creerse amada con ardor, sino que le debía la de sentir renacer la brillante esperanza de sus pocos años, luego ¿qué límites podía señalar la razón a una influencia que se apoyaba sobre el amor y la ambición, estas dos cuerdas tan vibrantes en el corazón humano? Pero algunas nubes aparecieron en el horizonte hasta entonces sereno: la estatura y la cara, ambas cosas notables de Alejo Orlof, se oponían al estricto incógnito que había querido guardar. Indagaron su residencia en Roma, y para descubrir sus frecuentes visitas a la pobre casa de la calle Appia, fué necesario muy poco tiempo.

La curiosidad, que sabe disfrazarse tan bien en interés amistoso, atrajo al instante a varios de los antiguos desertores del palacio de la Strada del Corso y las negligentes visitas de la modesta mansión de Appia; todos acudieron al lado de María: ¿sabía esta, por ventura, el nombre del peligroso personaje a quien recibía? ¿Podía medir toda la extensión del peligro?

Los corazones secos ó egoístas, son los únicos que permanecen circunspectos en la alegría. Los corazones generosos hacen su ventura expansiva, y desearían ceder una parte de ella al prójimo diciendo: ¡generosidad! como en otro tiempo los heraldos en la coronación de los reyes. Al decir «yo soy dichoso», una cierta inflexión parece decir también: ¡que no pueda hacer a todos partícipes de mi ventura!

Así María, en su cándida satisfacción, dejó penetrar una gran parte de sus secretos. Su confianza tuvo por resultado, que unos acudiesen presurosos y solícitos, pensando que era conveniente cultivar la amistad de una futura emperatriz, y que otros huyesen asustados, temerosos de ser llamados algún día, cómplices de la traición: los mas valerosos de estos últimos, solamente procuraron hacer sentir este temor en el alma de María.

Los sentimientos verdaderos, al menos se hacen escuchar, y el miedo de estos buenos consejeros ¡era tan sincero! María solo alguna que otra vez se dijo en silencio: ¡Dios mío, si me estará engañando! Pero la voz de Alejo bastaba para disipar esta fugitiva alarma.

No sucedió lo mismo entre aquellas personas que la habían escitado; un sordo rumor advirtió bien pronto a Alejo que había llegado el momento de mostrarse abiertamente y de ganar el favor del público como había ganado el de la princesa, que enteramente olvidada, vino a ser de pronto un objeto de interés universal. En suma; era ya preciso renunciar al misterio, y marchar con la frente descubierta.

VII.

RESOLUCIÓN.

Sin que ninguna causa aparente hubiese preparado a María a este cambio, se apoderó de Alejo una profunda tristeza, y aun cuando se le dirigían frecuentes preguntas acerca de esta sombría preocupación, jamás se obtenían de Orlof mas que respuestas evasivas; pero en fin, aprovechándose un día de la ausencia de Paulowska, condujo a María bajo un hermoso naranjo, único adorno del pequeño jardín de la casa. Allí, echándose a sus pies, con todas las señales de la mas violenta agitación, exclamó:

—Debo dejaros, debo ceder a otro la gloria de acabar lo que tan dichosamente comencé.

Un grito del corazón respondió al grito de la desesperación.

—¿Qué significan vuestras extrañas palabras? dijo María asustada, al instante que pudo pronunciar una palabra. ¿Qué sucede? ¿Qué me habeis ocultado?

—¡Ay! solo os ocultaba mi dolor. Me han acusado, princesa, me han acusado con razón; con efecto, soy culpable; he olvidado el respeto debido a mi soberana,

y he dado mi amor a la mujer que me revelaba a cada momento una virtud, un nuevo atractivo. Han sospechado este amor, y el cuidado de vuestra gloria me impone el riguroso deber de alejarme de vos. ¡Ah! señora, si mis cortos servicios os ha parecido que merecen algun reconocimiento, reservadle para este cruel sacrificio.

—Yo no puedo aceptar, se apresuró a responder María; si el cielo favorece mi causa, no pagaré su bondad comenzando por ser ingrata. Mi conciencia me absuelve, y me creo superior a la sospecha.

—No, señora; no os lisonjeeis; la calumnia, la envidia os marchitarán con su impuro soplo; la perfección lastima al vicio.

—Pero ¿qué debo hacer entonces? preguntó María, cuya angustia iba siendo cada vez mas visible.

—No... ¡jamás, jamás! exclamó Alejo, como si se hablara a sí mismo, me moriría de dolor al no apelar a este solo medio... No, señora, prosiguió con firmeza, no tendré la audacia de titubear un instante...

—Es preciso comprenderos, balbuceó María, y algunas lágrimas bañaron su sonrosada mejilla; muy pronto olvidáis los derechos que habeis conquistado sobre...

—Decid sobre vuestro corazón, María, interrumpió Alejo, y yo me creería con derecho a soñar con la mas grande felicidad... osaré yo repetir: es preciso separarnos, ó unir para siempre nuestros destinos con el casamiento; entonces... entonces, teniendo que defender mi tesoro mas querido, ¿quién podría vencerme? ¡Arrancaría de la frente de la orgullosa Catalina la corona que os pertenece, para ponerla sobre esta cabeza adorada y llena de encanto celestial! El mas tierno de los esposos se contemplaría orgulloso al mostrarse el primero de vuestros súbditos.

María levantó hacia Alejo sus húmedos y hermosos ojos.

—Sabia, respondió la princesa ruborizada, que solamente a vos podía deber un imperio; pero sé tambien que solamente a vos puedo deber mi felicidad, os lo confieso.

Paulowska, al entrar, supo con espanto por los transportes de Alejo y la modesta turbación de María, que la suerte de su querida princesa estaba decidida.

Cuando se apaciguaron un poco estos movimientos tumultuosos y fué posible formar y discutir un plan, propuso Alejo apoderarse de un sacerdote griego y de los testigos necesario para bendecir y hacer válida una union, cuya ceremonia se verificaria lo mas silenciosamente posible; despues dejarían a Roma para dirigirse a Pisa, donde todo se encontraría preparado a fin de recibir dignamente a la princesa: allí se esperarían las contestaciones de las últimas instrucciones que se hubieran dirigido a todos los agentes.

Todo se aprobó, y hasta Paulowska se dejó deslumbrar con el pensamiento de ver salir a su princesa de la oscuridad y miserable condicion a que no estaba acostumbrada.

Por otra parte, ¿cómo concebir la mas ligera sospecha? ¿Podía Orlof presentar una garantía mas segura de su veracidad, que la union de su fortuna y su vida con María?

Paulowska soñaba en el poder y el trono; María no pensaba mas que en su amor, y si Orlof pensaba alguna otra cosa ademas, nada parecia a lo menos turbar la alegría de su triunfo.

Se hicieron los preparativos a toda prisa, y no había transcurrido mucho tiempo, cuando en una capilla solitaria, débilmente alumbrada por los primeros rayos del sol y por la vacilante luz de dos cirios, Orlof recibía delante de Dios y de los testigos, la mano y la fé de María Tarakanof.

Despues que Orlof y María dejaron el altar, dieron un paseo de despedida por el campo de Roma, en medio

del magnífico paisaje que contribuyó á dar celebridad á un distinguido pintor nacido en Francia.

Después, conforme estaba dispuesto de antemano, un coche de viage recibió á los felices esposos y á su

fiel amiga. Pasaron á Pisa; un magnífico palacio, amueblado con riqueza y elegancia, fué ocupado por estos ilustres huéspedes, y María se contempló gozosa en medio de los esplendores de sus primeros años.



VIII.

TRAICION.

¡Qué pura y satisfactoria es la dicha de un alma dotada de ternura, cuyas esperanzas de amor llegan al

término de la realidad! ¡Cómo se podría detener un paso á estos dias tan rápidos cuanto gozosos!

Un vago sentimiento se adhiere al instante que acaba de pasar: ¡es tan dulce...! pero el que le sigue ¿no es mas delicioso todavía?

De idéntico modo contemplaba María los momentos que pasaban por ella desde su llegada á Pisa. Alejo no

podía separarse un instante del enagenamiento del presente, á escepcion de los cuidados graves á que tenía que atender acerca de los intereses del porvenir, y sin embargo, esto era ocuparse de ella.

Pero ¡el porvenir! Este fué precisamente el que turbó aquella vida encantada. La dicha superior que se quería conquistar iba á interrumpir el regocijo del bien que se poseía.

Alejo Orlof anunció un día á la princesa, que la division de la escuadra rusa, á las órdenes del contra-almirante Gorig, habiendo entrado en el puerto de Liorna, las inteligencias sostenidas por él entre sus marinos, á quienes poco antes habia mandado, reclamaban su presencia. Viendo la tristeza de María á la idea de esta separacion por corta que fuese, se dió prisa á proponerla que le acompañase; además, por este medio lograba mas eficazmente su fin.

—No teneis mas que presentaros, añadió, para adquirir gran número de prosélitos, los que ciertamente no alcanzarían mis mas acalorados y entusiastas discursos.

María consintió gozosa en la partida. ¿Que le importaba el nombre de la ciudad que habitase con tal de verse al lado Alejo?

No obstante, su llegada á Liorna parecia que justificaba los galantes presentimientos de Orlof; si su séquito numeroso y su magnificencia atraieron en un principio la atencion, su juventud y su estremada belleza inspiraron un interés general. La muchedumbre acudía al teatro y al paseo, cuando María comparecía en estos sitios, los cortesanos la colmaban de homenajes, los que ella recibía, sin humildad afectada, sin altanera vanidad. Paulowska, escantada, seguía con su vista todas las miradas benévolas, recogía con su corazón cada palabra de elogio, y manteniéndose obstinadamente á la sombra, gozaba con el esplendor que brillaba en derredor de su princesa.

Algunos oficiales rusos se habian presentado en casa del conde de Orlof, primeramente con circunspeccion; el número de estos se fué aumentando mas cada día, y las relaciones fueron siendo poco á poco mas estrechas y confidenciales; por último, María, creyendo servir de este modo á los proyectos de Alejo, tomó la iniciativa y propuso visitar la escuadra. Este deseo fué acogido al momento y transmitido sin demora al contra-almirante, el que anunció sobre la marcha un convite formal, un desayuno que debía darse á la princesa, para el cual se señaló el día. María aceptó.

Un sol radiante anunciaba la mas hermosa mañana, cuando Paulowska, despues de haber pasado una noche agitada con mil sueños incoherentes, levantó su cabeza, miró la hora, su vista turbada, distinguía con trabajo las cifras de la esfera. ¡Era tarde! apenas quedaba el tiempo necesario para prepararse á la partida. Tiró del llamador, sonó la campanilla y se precipitó fuera de su lecho; pero sus piernas se doblegaron y no pudieron sostenerla; cierto estupor que no podía vencer, la quitaba todo medio de accion y hasta casi la facultad de pensar; dejóse caer sobre la cama que acababa de dejar, y la sirvienta que habia oído la campanilla, acudió á avisar á la princesa.

Cuando Paulowska la vió á su cabecera estrechando sus manos contra las suyas y examinándola con inquietud, recobró toda su energía, sonrió dulcemente y atribuyó al insomnio febril de la pasada noche, el mal estar que sentía.

—Yo me acuerdo, dijo, que anoche, despues de haber bebido una copa de no sé qué brevage, al punto me senti helada. Pero con un poco de calor y descanso se remediará esta indisposicion: así, no os cuideis de mí, no turbeis vuestra alegría con el recuerdo de mi mal pasajero y de poca importancia; divertíos mientras

que yo emplee mi tiempo en seguiros con los ojos de la imaginacion.

María se dejó persuadir por la alegría aparente de Paulowska, y partió con Orlof á la ribera; una chalupa elegantemente empavesada la estaba esperando; embarcóse á la vista de una multitud curiosa que la saludó con sus aclamaciones. Al llegar al pie del navío, la transportaron á bordo en un magnífico sillón de terciopelo bordado de oro; llegó á la cubierta, y por medio de un signo gracioso que hizo con la mano, dió repetidas gracias á sus numerosos espectadores, y en seguida desapareció.

Paulowska habia quedado sumergida en el mas profundo sueño; mas de una vez, su brazo estendido, hacia los mas violentos esfuerzos para detener un invisible fantasma que se escapaba de entre sus manos. En fin, abatida y fatigada despertó, y no solo habia trascurrido el día, sino que la noche estaba bastante avanzada, lo cual le indicó la débil luz de una lamparilla colocada á corta distancia de su lecho. A fin de no turbar el reposo de nadie, y especialmente el de la princesa, devoró su impaciencia y aguardó la aparicion del nuevo día, procurando reunir sus pensamientos siempre vagos, y sus recuerdos estraviados. En fin, una luz sonrosada coloró las cortinas transparentes; despues un rayo dorado penetró en la estancia. Oyó algunos pasos en la escalera; Paulowska se echó un peinador, y se dirigió precipitadamente á la puerta. Un súbito desvanecimiento la obligó á detenerse; pero el ruido anunció á uno de los criados de la casa.

—¡La princesa! balbuceó Paulowska.

—La princesa, respondió el hombre con aire turbado, no ha vuelto.

—¿No ha vuelto! repitió Paulowska estupefacta. ¿Y el conde Orlof?

—El conde, tampoco.

Los ojos de Paulowska se fijaron sobre los de su interlocutor, como si no hubiese comprendido nada. De repente, por un arranque convulsivo, bajó con precipitacion la escalera, y se lanzó pálida, fria y sin voz, en la antesala, donde algunos criados reunidos parecia que celebraban un consejo privado; estos se levantaron al instante que la vieron entrar.

—¿Qué estabais diciendo? exclamó; ¡yo quiero saberlo!

Habia en esta voz cierta imperiosa energía, que nadie se determinó á resistir.

—Señora, dijo el dueño de la casa, que era el orador del grupo, pensamos ayer que los festejos que daban á la princesa sobre el navío la habrían detenido hasta bien tarde; mas luego, admirándonos de que quisiera pasar la noche á bordo, acudimos hoy por la mañana muy temprano y nos han dicho que... que el navío habia levantado anclas, habia partido y hasta perdidose de vista.

—¿Y no habeis acudido todos al puerto? exclamó Paulowska torciendo sus manos con desesperacion.

—Guíacomo ha ido á asegurarse de la verdad de este hecho, señora, en tanto que cada uno de nosotros tomaba de aquí y de allí algunas informaciones, pues circulan por la ciudad rumores muy estraños; dicen que....

Un grito de Paulowska interrumpió al narrador; acababa de percibir la cara rugosa de Ben Assai, que segun las palabras de Orlof, ella le creía en Grecia.

—¿Qué venis á decirme? dijo Paulowska impetuosamente, vuestra presencia me anuncia una terrible desgracia.

—Vuestra penetracion es grande, señora, respondió el judío con insolente ironía, y una desgracia sin duda, os ha privado de esa misma penetracion en un momento solemne.

Paulowska se estremeció.

—Yo vengo, continuó Ben Assai, á pagar el arriendo de esta casa por orden del conde Orlof. Con vuestro permiso, señora (un saludo burlon acompañó á estas palabras) vengo tambien á despedir la servidumbre, y vos estais especialmente comprendida entre las personas inútiles. Por lo demas, el conde de Orlof, es un grande y magnánimo señor y todos sus sirvientes serán tratados con generosidad.

—Pero la princesa! ¡la princesa!..... exclamó Paulowska con voz ahogada.

—La princesa viaja bajo la salvaguardia y proteccion de su adorado esposo, replicó el judío, y la mas infernal sonrisa esplicó suficientemente su atroz escarnio.

Paulowska comprendió la verdad.

—¡Traicion! ¡Traicion! murmuraron sus convulsivos labios, y cayó sobre el enlosado pavimento como un cuerpo privado de la existencia.

(La conclusion en el número inmediato).

ESTUDIOS GEOLOGICOS.

HISTORIA FISICA DE LA TIERRA.



El conocimiento de la estructura y naturaleza del globo de la tierra, de su formacion y de los cambios que ha experimentado, es el objeto de la *Geología*. Esta ciencia que hasta ahora no estaba basada en ningun principio cierto y si solamente en hipótesis, comienza hoy á salir de la infancia, merced á las detenidas y eruditas observaciones de muchos sábios que han consagrado sus investigaciones y tareas científicas á tan importantes estudios. Los nombres de Leveaur, Buffon, Cuvier, Arago, Ampere y otros, serán siempre citados con honor por los amantes de esta ciencia, que es la parte mas interesante de la historia natural. Todos los pueblos antiguos y modernos, salvajes y civilizados, han alimentado el deseo de hallar una explicacion en los fenómenos que ven ocurrir en el planeta de la tierra, de saber si ha existido siempre ó tuvo principio en una época determinada, las alteraciones que sufrió desde su origen, etc. etc. Irresoluble es el problema de la edad del globo que habitamos; pero considerando el estado actual de su superficie, su forma y los agentes que funcionan en su interior, no es absolutamente imposible llegar á adivinar una buena parte de su historia.

Dos son las escuelas ó sistemas en que se han dividido los *geólogos* que tomaron el nombre de *neptunianos* (de Neptuno, dios de las aguas,) y *plutonianos* (de Pluton, dios de los infiernos). Una y otra escuela, admite el principio, que el globo terráqueo fué en su origen compuesto de materias liquidas, ó al menos blandas y pastosas, lo que se afirma en razones muy poderosas. En efecto, si consideramos que todas las moléculas ó partes constituyentes de cualquier masa líquida, se atraen rápidamente unas á otras, segun la esperiencia nos muestra, y que esta masa líquida, abandonada á si misma, toma en el instante la forma de una bola (1) vendremos en conocimiento del por qué la tierra es esférica (verdad evidentemente demostrada); del mismo modo que las

gotas de agua en tanto bajan por el aire, nos parecen redondas y semejantes á guisantes. Por lo que encontrándose la tierra en estado de fluidez, segun suponemos, y abandonada á su completa libertad como la gota en el aire, ha debido precisamente tomar la forma redonda ó esférica. Pero como atribuyendo al agua la liquidación en los tiempos primitivos, no se esplican satisfactoriamente varios fenómenos, se abandonó generalmente el sistema de los neptunianos, adoptando el de los plutonianos que presenta mas pruebas y con el que se explica de manera mas comprensible la formacion y la historia fisica del globo de la tierra. Pasemos á esponerlo.

En una época muy lejana de los límites de la historia, el planeta que habitamos debió sufrir un tan alto grado de calor, que todas las sustancias que hoy le componen, debian pasar al estado de gas; de modo que la tierra no sería en aquella época mas que una enorme masa de vapores, que ocuparia por consiguiente una inmensa estension. Cesando despues la causa que habia fundido estas materias, comenzó naturalmente á enfriarse y condensarse, pasando del estado de gas al de liquefaccion y de este al de solidez. Siguiendo los principios que acabamos de asentar, debió suceder que los minerales, como los granitos, metales, etc., que exigen un muy alto grado de temperatura para perseverar en el estado de fluidez y mucho mas para el de gas, irian antes que ninguna otra materia pasando al estado líquido y formarian un núcleo de sustancias en fusion circundado de una capa de otras mas ligeras que aun permanecian en estado de gas, tales como el agua, los principios del aire que respiramos, etc., porque el agua, por ejemplo, se resuelve en vapor ó en gas con un grado de calor inferior al que se necesita para fundir otra materia cualquiera que se conserva ordinariamente en estado de solidez. Continuando los efectos de la accion del frio, las sustancias liquidas que estaban en la parte exterior del núcleo central, pasaron del estado de fluidez al de sólidos, de la misma manera que el agua contenida en una vasija comienza á congelarse por su superficie y por las paredes del vaso en tanto, que la que ocupa el centro del líquido conserva mucho tiempo su estado de fluidez. Asi fué formándose una pequeña corteza, cuyo espesor aumentó cada vez mas (en el dia se calcula de 15 á 20 leguas) que envolvió la masa de materias en liquefaccion, semejante á la cáscara de un huevo que contiene en su interior la clara y la yema. Continuando el enfriamiento, llegó por fin á una época en que fué tan baja la temperatura de la capa ó corteza, que los vapores de agua que la rodeaban, pudieron ya condensarse y caer sobre ella en lluvias. Este es el origen de los mares. El aire y los otros gases que no pueden

(1) He aquí un ejemplo. Cuando se quiere hacer perdigon menudo para caza, se arroja al aire plomo derretido desde lo alto de una torre, y el metal liquidado se contrae en multitud de globillos esféricos antes de llegar al suelo.

pasar al estado fluido sino con un frío excesivo, fueron formando una cubierta en derredor de la capa sólida que encerraba los líquidos. Esta cubierta existe aun y es conocida con el nombre de *atmósfera*. (1)

La primera prueba en que se apoya el sistema que acabamos de explicar, es la firme y unánime creencia de todos los pueblos, tanto antiguos como modernos, gentiles ó cristianos, salvajes ó civilizados, que han colocado siempre el reino de Pluton, los infiernos, la morada de los demonios, la region del fuego, en fin, en el centro de la tierra. Cuando una opinion persevera por tan gran número de siglos, entre pueblos tan desemejantes en sus cultos, costumbres y caracteres, es necesario convenir en que es digna de respeto, aunque no sea posible presentar desde luego otras razones mas positivas.

La fisonomía misma de la superficie de la tierra, nos presenta continuados monumentos de la verdad que deseamos demostrar, pues erizada de montañas, cubierta por do quiera de rompimientos, hendeduras, rocas quebrantadas, vegetales, reptiles, pájaros y peces petrificados ó incrustados en las peñas, conmovida frecuentemente por los terremotos y volcanes, vienen á ofrecernos muestras evidentes de que la tierra lleva en si misma una causa poderosa de destruccion y trastornos.

Otra prueba del fuego central encontramos en las experiencias hechas por los físicos modernos, pues nos hacen conocer que la temperatura de lo interior del globo está elevada suficientemente para fundir cuantas materias entran en su composicion. En efecto, al bajar á una mina profunda se observa por el pronto que el termómetro señala temperaturas mas y mas bajas, hasta la profundidad de 100 pies, donde cualquiera que sea la estacion ó el tiempo que haya en lo exterior, la temperatura bajo tierra no sufre variacion; mas si se continua bajando se observa que desde dicho punto, el termómetro comienza á subir en razon de un grado por cada 20 metros de distancia recorridos hacia el centro de la tierra. Este aumento de temperatura no es igual en todos los paises, lo que probablemente depende del mayor ó menor espesor local de la corteza sólida del globo. Segun las investigaciones hechas, siguiendo los principios espuestos, puede asentarse que á una profundidad de 23 ó 50 leguas el calor será tal que podrá mantener en estado de fusion todas las materias que componen el globo, y por lo mismo se deduce que el espesor de la capa ó costra sólida que sustenta los imperios y las ciudades de los hombres, los mares y los montes no subirá como dijimos de 20 leguas. Sentado esto, si dividimos el diámetro del globo terrestre, que es de 2,863 leguas, por 20, nos resultará aproximadamente el número 144, lo que quiere decir que el grueso de la corteza ó capa sólida de la tierra es la parte 144ª de su diámetro. Pasemos ahora á referir la historia de lo que probablemente pasó en nuestro planeta desde que comenzó su enfriamiento. En los primeros tiempos la corteza debería tener muy poco espesor y flotar sobre la masa de sustancias fundidas, cual una telilla delgada. Entonces la superficie de la tierra, seria igual y lisa sin montes ni precipicios, y todo induce á creer que fué enteramente cubierta de aguas (2). Habiendo adquirido la telilla de que hablamos, mas consistencia por haberse enfriado y condensado las materias que con ella estaban en contacto, las que formaban el núcleo liquido y ferviente de la tierra, encon-

traron ya cierta resistencia en la cubierta; pero aun débil hubo de ceder por algunas partes, y esto dió origen á roturas y hundimientos y tumefacciones en la misma corteza que se alzaban sobre el nivel de las aguas, y estas rellenarian aquellos dejando descubiertos los continentes y las islas. Esta lucha entre la cubierta sólida del globo y las materias en fusion de lo interior, debió tener principio en siglos remotísimos, y aunque menos porfiada y reñida dura en nuestros dias.

De aqui el origen de las montañas, que no son otra cosa que prominencias ó hinchazones elevadas por la acción del fuego central. Repetidos ejemplos vemos cada dia de este fenómeno, y entre ellos podemos citar el que ocurrió en la comarca de Chile, que fué solevantada en una noche á la altura de 6 pies sobre su antiguo nivel, y los peñascos que el dia anterior estaban escondidos en el mar, aparecieron descubiertos y en seco. En Méjico tambien en nuestros dias, se han alzado montañas considerables en medio de antiguas llanuras. Aunque la corteza sólida de la tierra se haya condensado ya bastante y consolidado hasta un punto capaz de reprimir los movimientos que hacen las materias en fusion, sucede sin embargo que estas quebrantan la corteza en algunas partes y suben y se derraman en ella con mas ó menos violencia. Estas erupciones son las que llamamos volcanes (de Vulcano dios del fuego). En los tiempos antiguos hubo muchos mas que en el dia, y su número irá disminuyendo cada vez, lo que se concibe perfectamente; pues cuando la cáscara era todavia tierna y endeble, los fuegos subterráneos obraban con mas actividad y las erupciones volcánicas se renovaban mas frecuentemente. Los terremotos ó temblores de tierra son los anuncios de los volcanes, y apenas aparece uno de estos cesan aquellos. Para comprender mejor las continuas variaciones de la superficie del globo ocasionadas por la incesante pugna que tiene lugar en su centro, presentaremos como ejemplo, la historia de los terrenos contiguos en Paris, estudiados detenidamente por los célebres naturalistas Cuvier y Bronquart. Héla aqui. Primeramente sirvieron de fondo al mar; levantados despues por un movimiento cualquiera de las materias liquidas que están bajo de ellos, y espuestos por consiguiente á las influencias atmosféricas y á la luz de los cielos, debieron cubrirse de vegetales y de seres animados que vivieron y se reprodujeron en aquella region.

Al cabo de algun tiempo, cuya duracion no puede en manera alguna determinarse, ocurrió otra catástrofe en sentido inverso á la primera, é inundó aquel terreno: los animales que en el vagaban perecieron ahogados, y sus cadáveres, envueltos en las materias que las olas arrastraron en su irrupcion y hacinaron sobre ellos, se han conservado hasta el dia, adquiriendo estas cubiertas la dureza y consistencia de la piedra. Repitieron estas revoluciones por lo menos dos veces, pues el citado terreno de Paris demuestra evidentemente haber sido asiento del mar y de las aguas dulces, por los restos de producciones marinas fluviales y terrestres, que en él se encuentran; situadas en lechos ó tramos distintos, cuando se hacen escavaciones suficientemente profundas. Cuanto mas lejanas de la superficie de la tierra y mas hondas aparecen las capas que contienen restos de animales de razas ya estinguidas, tanto mas difieren sus especies en figura y dimensiones de las que existen actualmente, siendo su organizacion mas imperfecta, cuya circunstancia se observa tambien en los vegetales. Los animales, cuyos residuos se encuentran en dos capas de terreno contiguas, tienen muchos puntos de semejanza unos con otros, pero se advierte que son especies distintas. En esta clase de terreno llamado de *aluvion*, se hallan razas de animales que hoy no viven sino en climas muy cálidos y remotos, como los restos de multitud de elefantes encontrados en Madrid en las escavaciones hechas

(1) Palabra griega derivada de *atmos*, vapor, y *sphaira*, esfera ó bola.

(2) El Génesis lo asegura así, como tambien Virgilio, Ovidio y otros poetas antiguos.

para la reedificación del puente de Toledo (1), y también de elefantes, hipopótamos y cocodrilos en los llanos de Siberia, siendo así que aquellos cuadrúpedos, solo se ven hoy día en la India y parte meridional del Africa, países situados en la Zona tórrida, lo que viene á presentarnos una nueva prueba del continuo enfriamiento de nuestro globo, pues el habitar aquellos animales que necesitan un clima cálido en estas regiones ahora frías é insuficientes para ellos, es porque en épocas remotas la corteza sólida de la tierra, era aun bastante débil para permitir transpirar el fuego central.

Los huesos y las conchas son las únicas materias, que de las que entran en la composición de los cuerpos de los animales, han podido conservarse en el interior de las piedras y de la tierra; pues las carnes, los cartilagos, los cuernos, etc., han sido absorbidos por las sustancias que componen las capas que los envolvieron.

Los restos de seres organizados que se encuentran en las capas mas profundas, y que son por lo mismo los mas antiguos, pertenecen á la familia de los *polipos*, así como los vegetales sus contemporáneos, segun puede presumirse por los escasos datos que ofrecen al examen del globo, tienen mucha semejanza con los *helechos* y *las cañas*.

En las capas inmediatas se encuentran multitud extraordinaria de vegetales pertenecientes al género acuático, cuyo hacinamiento se cree haya dado origen á los inmensos depósitos de *ulla* y carbon de piedra que se explotan diariamente. El vigor de la vegetación en esta época era muy grande, debido sin duda al mayor calor de la tierra, puesto que se hallan en las minas pedazos de helechos que subian 80 y mas pies de altura sobre el terreno donde se criaban.

En la segunda época se encuentran los *moluscos* (2) encerrados en conchas, como *ostras*, *almejas*, etc. etc. Contemporáneos de estos seres son los peces con espinas, muy semejantes á los *sollós* y *arenques* que conocemos. A estos siguen multitud de reptiles de dimensiones gigantescas, tales como aquellos que Cuvier nombra *megalosauro* (3) de 60 pies de largo y 4 de altura, muy voraz; el *yechthiosaurio* (4) de ojos enormes, y que se cree le daban la facultad de ver en las tinieblas, y otros muchos (5). En estas mismas capas, aparecen ya restos de aves del género acuático y nadador. En la época siguiente se percibe ya un gran desarrollo en los reinos animal y vegetal, pues se cuentan hasta 600 especies de mariscos, de las que apenas se conservan hoy 10 en los mares. Por este tiempo aparecen los *mamíferos* (6) marinos como las *ballenas*, las *focas* y los *delfines*, y á estos siguieron los *pachidermios* (7) como los *hipopótamos*, *dantas* ó *tapires*, *rinocerontes*, etc. etc. Los residuos de los *mammouthes*, *mastodontes* y *magaterios*, se encuentran á muy poca profundidad. Estos animales eran muy parecidos á los elefantes, aunque de mayor tamaño y cubiertos de pelo (8). Coetáneos de los *mammouthes*, son los ciervos, bueyes y osos de tallas gigantescas, cuyos restos se encuentran en *hornagueros* ó tierras formadas por el acarreo de los rios. Las osamentas de animales

carnívoros (1), se presentan frecuentemente mezcladas con las de los mamíferos terrestres, como tambien las de osos, hienas, perros y gatos, con las de caballos, bueyes y ciervos, sin que haya podido encontrarse la razón de hallarse reunidos los despojos de animales tan opuestos.

De todo lo que acabamos de esponer, producto de los estudios hechos por los naturalistas sobre los restos fósiles escondidos en las entrañas de la tierra, resulta que de todos los seres pertenecientes á los reinos animal y vegetal, los primeros que existieron fueron los mas groseramente organizados, y que las distintas generaciones de estos seres que han ido sucediéndose despues, han sido cada vez menos imperfectas, segun y á medida que las épocas en que vivieron, se aproximaban á aquella en que apareció la especie humana. Con efecto, los primeros cuerpos organizados que se dejan ver son las plantas y los moluscos, luego los peces vertebrados, despues los reptiles marinos, mas tarde los mamíferos marinos y luego las aves terrestres, los mamíferos herbívoros (2), y al mismo tiempo que estos los animales carnívoros. La creación de los monos y del hombre es posterior á la de todos los animales, cuyas razas se han extinguido y cuyos despojos se hallan solo en capas muy profundas. Restos humanos fósiles no se han encontrado jamás sino en terrenos formados por el acarreo de corrientes de agua, cuya antigüedad no es muy remota, y además si los hombres existiesen en aquellas edades tan apartadas de nosotros, se encontrarían en los terrenos primitivos no solo algunos de sus restos orgánicos, sino tambien reliquias de sus edificios, muebles, armas, etc. etc. Por todo lo que, se cree que el origen de la especie humana no está distante de nuestros tiempos sino 6 ú 8 mil años, en lo que están de acuerdo todas las investigaciones históricas modernas, la historia antigua, las tradiciones, los inventos de las artes, los monumentos de arquitectura, etc. etc.

En efecto, los de Tebas y Persépolis, de la China y de la India, que son los mas antiguos del mundo, nos demuestran por el estado en que se hallan los materiales de que están formados, que su antigüedad no llega á 5000 años. Las artes industriales apoyan la hipótesis que acabamos de asentar. Homero, el poeta mas antiguo de la Grecia, nos hace ver que en la época que ocurrió el sitio de Troya, eran los metales muy poco comunes todavia. El hierro, el mas útil así como el mas abundante de todos, se apreciaba en aquellos tiempos como una materia preciosa, pues los cautivos hechos en las batallas de la Iliada lo ofrecían por rescate, prueba evidente de la infancia de las naciones que combatían la célebre ciudad, pues no es necesario sino un poco de esperiencia para multiplicar indefinidamente el uso y la cantidad de un metal como el hierro, cuyo mineral se encuentra con facilidad. De todo se deduce que la tierra no ha comenzado á sustentar seres de nuestra especie sino en la época poco mas ó menos que nos manifiesta la Biblia. Su superficie no ha podido ser habitada por hombres, sino cuando la corteza sólida del globo llegó al grado conveniente de enfriamiento, de lo que se sigue tambien que llegará una época, si bien aun muy lejana, en que por el demasiado frio no pueda ya producir vegetales ni animales, al menos de las especies que hoy conocemos. Las cumbres de las montañas muy elevadas, aun de aquellas situadas en países cálidos, están ya coronadas de perpétuas nieves, y sobre los Alpes, por ejemplo, las masas de hielo y ventisqueros aumentan progresivamente en estension, viéndose campanarios cuya parte superior sobresale de su superficie y señalan los lugares donde en otro tiempo

(1) Estas curiosísimas petrificaciones se conservan en el gabinete de Historia natural.

(2) Animales sin huesos.

(3) Gran lagarto.

(4) Pez lagarto.

(5) En el gabinete de Historia natural de París, se muestran restos de estos reptiles cuyas especies han desaparecido.

(6) Animales cuyas hembras tienen tetas.

(7) Animales de cuero espeso.

(8) En el gabinete de Historia natural de Madrid, se conserva el único esqueleto completo de megaterio que se conoce: fué encontrado en una caverna de América.

(1) Que se alimentan de carne.

(2) Que se alimentan de yerbas.

existieron aldeas y poblaciones de que los hielos se apoderaron é hicieron huir á sus habitantes.

El Génesis, el mas antiguo y el mas venerando de los libros no solo por su origen divino, sino por ser el conjunto de todos los conocimientos y tradiciones del siglo de Moisés, apoya tambien la teoria de las diferentes edades del globo que hemos espuesto, pues si examinamos su lenguaje siempre alegórico, y que por lo mismo no debe entenderse al pie de la letra, especialmente en puntos de física, pues está acomodado á la inteligencia del pueblo para quien Moisés escribía, nos convenceremos de la verdad que anunciamos. Seis días, dice el historiador sagrado, empleó Dios en formar el mundo, y todo induce á creer que fueron seis épocas ó periodos los que aquel quiso significar con la palabra *iom* de que se vale, pues no solo espresa *dia* tal cual nosotros lo entendemos, sino una duracion de tiempo cualquiera, y nadie puede razonablemente pretender que haya querido el caudillo de los hebreos dar solo las 24 horas de duracion. La concordancia, pues, entre las palabras del Génesis y los hechos geológicos mas positivos, es de todo punto admirable. Los dos primeros días, dice, fueron consagrados á poner en orden el caos y á disponer las materias, porque aun no habia ningun ser organizado; lo que está en armonia con la primera época geológica anterior á la existencia de dichos seres, y en la cual se encuentran los terrenos primitivos. La segunda época es aquella en que la tierra se cubrió de vegetales, y la de los terrenos intermediarios y secundarios, lo que se concilia perfectamente con lo que el Génesis dice que el tescer día las aguas se separaron de la tierra reuniéndose en un solo lugar, y que esta produjo plantas y árboles. La tercera época ó de los terrenos terciarios, en la cual los cuadrúpedos y demas animales aparecieron sobre el globo, corresponde exactamente con el quinto

día de la Biblia en que Dios creó los peces, las aves, y los animales terrestres. La creacion del cuarto día fué el sol y la luna. Voltaire con la seguridad de filosofo y la ligereza de hombre se burló de este pasaje de la Escritura preguntando ¿Cómo la luz creada el primer día pudo serlo antes que el sol? Hoy ya se le puede responder que la opinion de los antiguos que creían á la luz de una existencia anterior á los astros es un hecho reconocido, pues las esperiencias verificadas por Arago y Presnel demuestran evidentemente que la luz no nos viene del sol ni de las estrellas, sino que existe en el espacio como la electricidad en los cuerpos. Finalmente, la cuarta época, esa cuyo principio fué señalado con el diluvio universal, vió nacer al hombre, á esa criatura cuya organizacion es la mas complicada y del que no se halla vestigio alguno en los terrenos que precedieron á aquella catástrofe, con lo que la geología está tambien de acuerdo con la Biblia que espresa que el hombre fué creado el día sexto.

Al ocupar las columnas del Museo con la ligera esposicion que de los principios geológicos nos propusimos hacer, creemos haber dado á conocer á nuestros lectores la utilidad que puede prestar á todo el que desee adquirir un regular caudal de conocimientos, el poseer por lo menos algunas nociones de la importante ciencia de la geología, que al par que nos muestra y describe las innumerables maravillas que la naturaleza ostenta, contribuye á mantener en nuestro corazon los sentimientos religiosos y de gratitud al Ser omnipotente que con una sola palabra hizo aparecer cuanto existe, y que creando al hombre á su semejanza, le dotó tan profusamente con los dones de su bondad suprema é hizo superior á todos los demas animales que pueblan la tierra y rey de todo lo creado, para que reconocido á su criador fuese siempre digno de sus inmensos beneficios.

N. C. DE CAUNEDO.

LOS CURDOS.



TOMO VI.

27

LOS CURDOS.

El Kurdistan, aun circunscrito en los límites que le dan todas nuestras cartas geográficas, no se halla sometido á las leyes de un solo soberano: está dividido en dos partes; la mas estensa está comprendida en la Turquía de Asia, y la otra forma una provincia del imperio persa.

Estos pueblos, bien que gocen de una vida sedentaria, ó bien anden errantes por los campos, se creen descendientes de los mogoles, cuyas irrupciones han turbado el Asia con mucha frecuencia. Sin embargo, lo grande y hermoso de sus ojos, su nariz aguileña, la blancura de su tez y la elevacion de su estatura, desmienten su origen tártaro. Profesan el islamismo y todos profesan tambien la secta de Omar. Su modo de vestir se diferencia del de los turcos.

Los curdos manejan la lanza con suma destreza y son buenos ginetes; la principal ocupacion de los nomadas consiste en guardar bueyes, cabras, carneros y ovejas; por eso en la lengua curda, formada del árabe y del persa y dividida en muchos dialectos, la palabra *mál*, que significa *bienes, fortuna, riquezas*, la emplean especialmente para designar los rebaños.

Los ejercicios militares son para los curdos la principal diversion; son muy dados á los cuentos, y compo-

nen canciones que tienen por objeto amores, combates ó acontecimientos trágicos y memorables. Aunque sencilla la música de los curdos, no está enteramente desprovista de arte, porque es á la vez espresiva y melancólica. El canto es para ellos cuando andan errantes por las montañas, un medio de hacer conocer el punto donde encuentran situados.

Son muy inclinados al robo, y tal vez, esta inclinacion sea la que les obligue á andar casi siempre errantes. Otra de las causas de su gusto por la vida vagabunda, es, ó la aproximacion á una horda enemiga, ó la falta de pastos, ó el rigor de la estacion.

Los pueblos que mas se entregan al robo, son tambien los que mas rigurosamente cumplen con los deberes de hospitalidad. Un extranjero, cualquiera que sea su apariencia, es bien recibido por esta gente, que se apresura á reconocerle y saludarle y despues le ofrecen sus servicios. Le conducen luego á la tienda del anfitrión mas rico de la tribu, y las mugeres le preparan al momento la comida.

La tez animada, y el aspecto gracioso de las mugeres curdas en su juventud, pueden hacerlas pasar por niñas de las montañas; pero bien prontose convierten en amazonas, siguiendo á sus maridos en sus correrías; y sus rostros se desfigurán al instante con las fatigas de su vida errante.

Los curdos están en la creencia que solamente los rusos se hallan en estado de poder conquistar su pais y pretenden que esta conquista hace mucho tiempo que ha sido vaticinada por sus padres.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL CULTIVO DE LA VID,

DE LAS VENDIMIAS Y DE LAS FIESTAS Á SAN MIGUEL EL VENDIMIADOR.

A vendimiar las viñas
van las doncellas,
y el Amor las persigue
con sus querellas:
Soy vendimiador
y el San Miguel me caso
con mi dulce amor.
(Cantos de Toledo).

Entre las fiestas públicas mas populares, solemnes y antiguas que existen en el mundo, no podemos menos de contar las llamadas Vendimias, fiestas campestres siempre alegres y bulliciosas celebradas desde los tiempos mas remotos con danzas y aun con ceremonias religiosas. Denominase vendimias á la época de la recoleccion del fruto de la vid de que sale el vino, bebida espirituosa y deleitosa de la que dijo el sábio Horacio: que ablandaba los mas empedernidos corazones, descubria los mas reconditos secretos, llenaba de alegría y de esperanza al mas abatido corazón, y que dando valor al cobarde, le hacia despreciar el furor de los tiranos y de sus opresoras huestes.

La vid fué una de las plantas benéficas que para regalo del hombre puso Dios en el Paraíso Terrenal, y su sabroso fruto no debió tardar en gustar al hombre para

dedicarle á su regalo, ni pasaria mucho sin que le indicase el mismo fruto el modo de sacar de él el precioso licor que habia de alegrar su corazón y vigorizar sus miembros. Empezando por los santos libros de nuestra ley divina y escrita, vemos aparecer la vid desde bien antiguo, puesto que hallamos al labrador y patriarca Noé, dos mil trescientos cuarenta y un años antes de Cristo enseñando á sus compatriotas el arte de hacer el vino y el modo de cultivar la vid; algunos dicen que fué el primero que plantó las viñas, lo que no tenemos por imposible si se refieren á su pais, el cual por este servicio importantísimo debió quedarle samamente reconocido; pero creemos con los autores que la vid seria conocida antes del diluvio. Los egipcios que son tenidos por los labradores mas antiguos y por los mejores cultivadores, reconocieron á su dios y soberano Osiris por el maestro que les enseñó la plantacion y cultivo de la vid, y en memoria de tan grande beneficio le hacian el sacrificio de las primicias del fruto de las viñas en una solemne festividad con que empezaban la recoleccion, asi como empleaban en sagradas lustraciones en su honor el primer jarro de vino nuevo que sacaban de sus cubas.

Si de los egipcios pasamos á los cultos griegos que embellecieron todos sus inventos y mejoraron las costumbres empezando la civilizacion del mundo antiguo que les debió todo lo sublime y bello, hallamos la vid, como el origen de aquellos néctares preciosos que servia el jóven Ganimedes en la mesa de los dioses, cuando para que les sirviese de copero fué arrebatado de la tierra por Júpiter que le subió al Olimpo. Y como el descubrimiento de las cosas grandes siempre le han concedi-

do los hombres á Dios, con mucha razón, teniendo por muy pobre al talento humano para conseguirlo sin su poderoso auxilio, los griegos que eran gentiles, achacaron el origen de todas las cosas á sus ídolos, y el del cultivo de la vid y el descubrimiento del vino, le atribuyeron á su dios Baco, según lo que dicen Servius y Eutropus, si bien Propertio concede este honor á Icaro, padre de Penélope, mujer del famoso Ulises.

Asegura Ateneo que la primera vid se plantó en el monte Etna, y dicen otros autores de la antigüedad, que los Titanes la cultivaron en la Grecia y que como se descuidase después su cultivo, le restableció Cadmo en Beveia, unos mil quinientos diez y nueve años antes de nuestra era. Del cultivo de la vid sacaron los griegos gran provecho después de la guerra de Troya, en que los vinos de esta región fueron estimados y buscados por todos los pueblos del mundo entonces conocido, según se vé por el libro 7.^o de la Iliada. Volviéndonos á ocupar de Baco, que es de quien se habla mas con respecto á la materia que tratamos en la historia de la Grecia, no podemos menos de acordarnos también de su hijo *Oenepion*, al cual atribuye Theopompo el haber enseñado á los habitantes de la isla de Chio el cultivo de la vid, añadiendo que en esta isla fué donde se hizo el primer vinotinto que se conoció. Sea de esto lo que quiera, lo que hay de cierto es, que desde los tiempos mas remotos una de las principales partes del culto exterior, consistió en ofrecer á la divinidad pan y vino, sustancias en que también se nos presenta el verdadero Dios á los cristianos.

Si reflexionamos un poco sobre lo que los mitólogos dicen de las conquistas de Baco y de lo que fué perseguido por algunos hombres ingratos á sus beneficios, solo por quererles someter á las buenas leyes á fin de asegurar su felicidad, destino que desde Baco ha cabido por lo general á todos los que se han sacrificado por mejorar la condición humana, no podemos menos de ver en estos relatos el origen de la introducción de las viñas en la India, el Egipto, Grecia é Italia, pues que estós países se sucedieron en el cultivo de un arbusto que llevó Baco por delante como el símbolo de los bienes que prometía á los que por medio del trabajo quisiesen seguir sus leyes y mejorar sus agrestes y salvajes costumbres. Nos hace persistir en esta idea el leer en Diodoro de Sicilia, que el nombre de Baco, según los mitólogos, era el de *Aeoliene*, que quiere decir racimo. Dice acertadamente un autor, que la vid y la civilización peregrinaron juntas, y que los pueblos se apresuraron á hospedar debidamente á tan benéficas viajeras, hijas del Oriente; pero la Italia y la Grecia pueden vanagloriarse de haber sido las que mas obsequios las hicieron; estableciendo fiestas á su honor, de las que aun quedan sensibles vestigios en que recuerdan con placer los primitivos tiempos.

Cuando los griegos veían que la uva se hallaba en sazón, se reunían en alegres caravanas y se dirigían á las viñas al son de rústicos y de armoniosos instrumentos que acompañaban á espresivos y melódicos coros de alabanzas á Baco. Llegados á las viñas, cortaban de los sarmientos los dorados racimos de que eran hijos, y colocándolos en bonitos canastillos, los conducían en alegre y bulliciosa procesion á las poblaciones, en donde los distribuían en los lagares correspondientes á cada uno de los coros. Los pisadores y pisadoras se descalzaban, y cantando graciosamente los dulces versos de Anacreonte y de Theocrito, y otros de sus mejores poetas, bailaban á su compás haciendo correr el mosto debajo de sus pies por la presión de las piedras, para que fuese á caer á las ánforas de barro, odres, cubas y vasijas, en donde por medio de la fermentación natural, había de adquirir su vigor y sus demas preciosas calidades. El último día de la vendimia le dedicaron

los antiguos griegos á dar gracias á Baco por el bien que les había hecho dándoles á conocer el vino, y después de sacrificarle una pantera, se entregaban al placer y á la diversion, siéndoles permitido á los vendimiadores y pisadores, el emborracharse con vino añejo, lo que daba ocasion á mil locuras y á pantomimas ridiculas, de las que derivan algunos arqueólogos el origen de la comedia y aun el de las máscaras, puesto que representaban escenas de la vida de Baco y se pintaban el rostro con las heces del vino.

Algunos pueblos de Italia y los de la Grecia moderna, han conservado la costumbre antigua que acabamos de citar en cuanto á los cánticos y modo de ir en caravanas á las vendimias, y en la segunda se practica en la actualidad la danza llamada *valaca*, en la cual se figuran todas las operaciones de los vendimiadores; y los domingos de setiembre y de octubre mientras dura la recolección, van las familias aldeanas á bailar delante de las viñas y á divertirse entre ellas.

Antes de la fundación de Roma, dicen los autores que ya se cultivaba la viña; pero que la mejora de este fruto se debió á los autores del engrandecimiento de esta ciudad antes de que llegase á ser señora del mundo. En efecto, la poda de este arbusto que se tiene hoy por tan necesaria, que sin esta operación no se comprende su desarrollo y prosperidad, debía ser desconocida hasta el rey Numa Pompilio, puesto que á él atribuyen los romanos su origen, teniéndole por el primero que enseñó esta operación agrícola. No debieron los romanos entrar muy fácilmente en esta importante mejora que atacaría su sistema rutinario de cultivo, cosa muy común aun en nuestros pueblos que siempre se oponen á las mejoras y á cuanto les quita seguir en sus costumbres, por perjudiciales que sean y por ventajas que ofrezca la novedad, cuando Numa para llevar á cabo su plan civilizador en este ramo, se vió precisado á mandar que el vino que se emplease para los sacrificios que se hiciesen á los dioses, fuese indispensablemente hecho del fruto de la viña que hubiese sido cortada con hierro, es decir, podada.

A pesar de lo que acabamos de decir, debemos hacer presente, que dice Plinio que la poda de la viña se debe á la casualidad de haber comido una cabra los retoños de una vid, y que observado por el propietario que al año siguiente dió aquella vid mas uvas y de mejor gusto, quedó establecida por útil la poda.

Los autores han dejado consignado que los galos cultivaron la vid mucho antes del imperio de Domiciano, puesto que este emperador mandó arrancar las viñas de las Galias, temiendo que su rico vino atrajese á los bárbaros invasores que salieron del Norte para matar la civilización en toda la Europa. Esta medida que si pudo ser entonces muy política, era ruinosa para el país, fué después contrariada por los emperadores Probo y Juliano, los cuales hicieron replantar las viñas de las Galias; pero sus vinos, dicen, que jamás llegaron á ser después de tan buena calidad como lo habían sido antes del fatal decreto de Domiciano. Los galos establecidos á lo largo del Pó, fueron los primeros que comenzaron á usar las cubas de madera exactamente cerradas para conservar el vino. Aun cuando se dice que los focienses, fundadores de Marsella, llevaron y enseñaron el cultivo de las viñas, se sabe que el vino se hacía antes de ellos en el país. En las bodas de los galos la joven novia presentaba á su esposo una taza de vino aguada, y si atendemos al mucho vino que se consume en las bodas de nuestro pueblo, veremos que esta costumbre ha progresado en vez de extinguirse. En los sepulcros galos de la Borgoña, se ven figuras bebiendo vino; lo que acreditando su abundancia, hace posible lo que dice Caton el Anciano, de que en su tiempo se llevaban á Italia vides de las Galias, en cuyo país cuan-



do fermentaba el vino, le echaban palos de aloe odorífero para darle fragancia.

Si reflexionamos que la viña *salvage* crece espontáneamente en todos los países templados septentrionales, y que en Europa se la halla frecuentemente hasta los 45 grados de latitud, es razonable sospechar que si la vid no es originaria de este país, puesto que se cree ser hija del Oriente, debió cultivarse en la parte meridional de la Península desde muy antiguo, y tal vez se deba su introducción á los fenicios ó cartagineses, puesto que puede probarse encontraron los romanos conquistadores ya este arbusto en nuestro país, en el que los vinos de Sagunto y de Numancia juegan ya por mucho en nuestra historia agrícola. No por esto dejaremos de confesar, que cultivando las colonias que se formaron de romanos en España, la vid, según sus buenas prácticas, se mejoraría su cultivo, máxime cuando verían desde luego que los vinos que producían eran, como son, los mas deliciosos y esquisitos del mundo, y que su fruto en la condicion de pasas no podían compararse, en particular las del Mediodía, con ninguna fruta de esta clase, porque ninguna la llegaba en sabrosa, dulce y delicada. Sin embargo de todo esto, hasta la dominacion de los árabes no se generalizó la vid en España.

No dejando todavía de la mano á los romanos y con ellos á nuestros antepasados que sufrieron su dominacion, por que practicaron sus costumbres, no podemos menos de recordar que así como los griegos celebraron sus vendimias con sacrificios á los dioses y con diversiones, dirigiendo sus preces á Baco presidente de ellas y protector de las viñas y de las bodegas. Venus, madre de Cupido ó del Amor, y Júpiter, padre de los dioses, eran invocados tambien por los vendimiadores y por los cultivadores, y asies que se ejecutaban en su honor las fiestas *vinalias*. La primera vez que se hacían al año, se dedicaban á Venus, y esto acontecia la víspera de hacerse la recoleccion, á cuyo fin iban las doncellas á bailar á las viñas coronadas de pámpanos, y en llegando á ellas tejían guirnalda con que coronar á sus zagales. Las bellas españolas del Mediodía, dedicaban esta fiesta á Diana, y bailando al rededor de su templo, colgaban los racimos de mayor tamaño que encontraban en la puerta, y ponían á los pies de la estatua de la diosa un canastillo del fruto mas sazonado, todo lo cual dejaban, despues del sacrificio de seis palomas blancas, á los sacerdotes de la diosa. La segunda festividad vinalia se dedicaba á Júpiter, el día en que hecho ya el vino, se abrían las bodegas, día en que se llevaba la ofrenda de las primicias á su templo, con lo que se proveían los sacerdotes para los sacrificios y libaciones religiosas del año; y despues de que se hacia el sacrificio vinal que consistía en derramar vino sobre la pira y entonar en coro himnos de alabanzas al padre de los dioses, era costumbre el que los parientes y vecinos de los propietarios de las bodegas, fuesen á beber alegremente el vino nuevo: la costumbre de acudir á desbregar las bodegas, á lo que se llama en unas partes desbregar y en otras *quitar la espita, bautizar al moro, matar el mosquito y destapar la aleuza*, se observa de tal modo todavía en muchos pueblos de España, que una gran parte del delicioso nectar, pasa en estos días instantáneamente al estómago de los aficionados, que como nada les cuesta, beben sin compasion.

El uso moderado del vino vigoriza, al paso que la intemperancia causó en todos tiempos enfermedades peligrosas, el embrutecimiento y el desprecio público, razón por que los antiguos legisladores y los ministros de las religiones, al paso que dictaron sabias y protectoras leyes en beneficio del cultivo de la vid, se vieron precisados á señalar severas penas á los que abusando del vino se redujesen á peor estado que el de los brutos. Empero como mas se consigue para hacer despreciable cier-

tas cosas el ponerlas en ridículo que el dar providencias graves que suelen, si son inconsideradas y dadas sin la suficiente reflexion, surtir el efecto contrario, los antiguos gentiles se dirigieron á la ignorante multitud poniendo el ejemplo al lado del precepto para mejorar las costumbres, y de este origen fueron las escenas alegóricas que dando á la celebridad á las vendimias el carácter de fiesta pública, consiguieron que fuesen lecciones instructivas para los que tratasen abusar del uso del vino. Las festividades públicas creadas con este objeto, fueron las llamadas bacanales dedicadas á Baco ó Dionisios, institucion que si candorosa en un principio, llegó á ser tan inmoral y monstruosa, que se vió el senado romano en la precision de prohibirlas. En ellas despues de las preces sacerdotales que se hacían en los templos de Baco, se emborrachaban hombres y mugeres de todas clases, por que en aquellos días de desenfreno y de licencia todos eran iguales y todo estaba permitido. En este estado de locura y de embrutecimiento, corrían en desordenados trages y hasta casi desnudos, hombres y mugeres reunidos y coronados de pámpanos, aturdiendo el campo con sus obscenos cantares y haciendo gestos indecentes que probaron que jamás puede dejarse á la plebe en la libertad de obrar conforme á sus instintos, cuando no se halla amestrada por la ilustracion y contenida por la religion y por su respeto á sabias y protectoras leyes: con referencia á la descompostura y bullicio de estas fiestas, se califica de bacanal entre nosotros toda fiesta, diversion ó reunion en donde no reina el órden.

Que las bacanales tuviesen tambien lugar en España, se concibe fácilmente á vista de los residuos que aun nos quedan de los templos de Baco, en los que se le obsequió siempre en tiempo de las vendimias, y el saberse sin que quepa duda, que los españoles romanizados practicaron todas las costumbres de sus conquistadores, pero en atencion á nuestra natural gravedad y compostura, creemos firmemente que las bacanales españolas se diferenciarían de las de los italianos por su buen órden y religiosidad moral.

Si como dijimos antes, en las Galias se cultivó la vid, no es desatinado el creer que vecinos de ellas nosotros las tendríamos al propio tiempo, y por lo tanto en esta parte su antigüedad se confundiría con la nuestra, si bien no su calidad, en lo que siempre les habremos llevado ventaja por la escelencia de nuestro suelo y bondad de nuestro clima para este cultivo. Creemos tambien que aun cuando todo lo útil y grande fué devastado por los bárbaros del Norte, enemigos irresistibles en un principio de la civilizacion y de toda instruccion, los visigodos, suevos, vándalos y demas razas nordestes que invadieron la España, al gustar el sabroso fruto de la vid y embriagarse con el delicioso vino que produce, no tratarían de privarse de una cosa que vigorizándoles se avenía tan perfectamente con sus instintos guerreros, y de consiguiente que no solo no devastarían las viñas, sino que luego que pudieron establecerse pacíficamente en el país, la cultivarían con ahínco, á fin de que no les faltase tan precioso fruto y esquisito licor; así debió de ser, puesto que el uso del vino se halla consignado en lo poco que nos han dejado los autores antiguos relativo á sus costumbres. Lo que no podemos averiguar es, si las festividades de las vendimias se siguieron ejecutando, estando nosotros por la afirmativa, en vista de prácticas romanas que han llegado hasta nosotros y se hallan en uso en esta materia, si bien es de suponer que las despojarían de toda la parte religiosa, puesto que se diferenciaron enteramente en creencias los romanos de los godos. Entonces debieron empezar las dedicaciones de estas fiestas á las imágenes de la Virgen y de los santos, que aun se observan, es decir que arruinados los ídolos á quienes se hacían las libaciones del vino nuevo,

el cristianismo que se levantó y cimentó sobre sus ruinas, ofreció al verdadero Dios, como debía, lo que los paganos á sus falsas deidades.

Llegamos por fin á la época en que se generalizó en España el cultivo de la vid, y á la época en que hizo tercera crisis la costumbre que describimos, es decir, entramos á referir su historia durante la dominación en España de los hijos de Alá, de los sectarios del profeta Mahoma. Al llegar á este punto no podemos menos de lamentar siempre la ceguedad de nuestros padres al desconocer, solo por que diferían de religion, los beneficios que hicieron los árabes á la civilización de España, y en denominarles bárbaros, siendo así que durante su dominación fueron el pueblo mas ilustrado, civilizado y sabio del mundo, sumido entonces en tan estúpida ignorancia, que á no ser por los árabes de esta region y de los sabios griegos conducidos á Constantinopla, se hubiera tal vez apagado para siempre la benéfica luz de la ilustración, y perdido las bellezas literarias y artisticas del mundo antiguo. A pesar de las continuas guerras que tuvieron los árabes que sostener con nuestros antiguos españoles, se dedicaron en los países que dominaron por algun tiempo, al cultivo de la vid, para gustar de su fruto y reducirle á seco ó á pasa, que es como mas les agradaba, pero la elaboración de vinos no debieron practicarla, atendiendo á que su religion se oponia al uso de esta bebida. Como es fácil concebir, no debiendo hacer vino para si de la uva, plantaron con preferencia aquellas clases de vid que podian producir mejor fruto para comer en fresco, y para que conservado en seco adquiriese mas dulzor y delicado gusto, y á ellos se debe esas ricas plantaciones de Málaga, Valencia y Andalucía, que producen las gustosísimas y delicadas uvas que mas tiempo conservan su frescura y buen estado, y las que reducidas á pasas son uno de nuestros pingües artículos de comercio. Los españoles de aquella época, mas entregados al uso del lanzon y de la espada y al manejo del caballo de batalla, que al de la esteva y á dirigir las yuntas de labor, debieron descuidar mucho el cultivo de la vid en los siete siglos que duró la lucha con los sarracenos, particularmente en los países cercanos á los que poseia el enemigo; pero las Asturias y las provincias Vascas del Norte, que apenas sufrieron la dominación de los sectarios del Profeta, y despues el Aragon, que no fué de los últimos á sacudirla, pudieron ya dedicarse al cultivo y se dedicaron con éxito, tomando de los árabes algunas prácticas agricolas, á las que debieron sin duda el progreso de sus viñas y la buena calidad de sus uvas, que empezaron á producir ricos frutos.

La natural gravedad que el islamismo imprime en sus sectarios, de la cual se nos pegó una muy buena parte que conservamos, quitó entre los árabes á las vendimias el aspecto báquico de los romanos; pero no la alegría que infunde la vista de la sazon de tan esquisito fruto en los ánimos de los que le recogen; y así es que leemos en un romance morisco, que *Ben-Abimelet* condujo á su bella Zaida á la campiña de Granada á gustar de la uva de sus viñas, y á disfrutar de la alegría de los vendimiadores, entre los que dice habia muchos esclavos cristianos, de los que uno sufrió la muerte, porque enamorada Zaida de él, se atrevió á significar su pasión, siendo cogidos ambos amantes en coloquios amorosos. En los cuentos árabes y en los orientales vemos tambien citado muchas veces el cultivo de la vid y de frescas parras, y señaladas horas de recreo durante la vendimia á las bellas musulmanas, que con sus delicadas manos cultivaban y aun cultivan en el Oriente sus parritas en los jardines y pensiles.

Los españoles guerreros, aun en los países fronterizos, se entregaban completamente á la diversion durante las vendimias, y no pocas veces el entusiasmo que

les producía, costó caro á los musulmanes, pues que aprovechándose de ella sus caudillos les llevaban en seguida á hacer correrías por los campos del enemigo, y no pocas los moros les sorprendian en su diversion, ya para aprovecharse de sus frutos, ya para ver si les cogian algun punto importante. Mucho pudiéramos eslendernos sobre este particular con relacion á los moriscos de Andalucía; pero solo dejaremos apuntado que fueron buenos cultivadores, y que su atroz y nada política ni económica espulsion, que robó á la agricultura tantos miles de brazos útiles y á España de una interesantísima parte de su poblacion, se dejó sentir estraordinariamente en el cultivo de las viñas, que por largo tiempo estuvieron abandonadas en algunos puntos por falta del suficiente número de brazos.

Descubierto el Nuevo Mundo por el inmortal Cristóbal Colon, ayudado por el valor de los españoles, únicos que le tuvieron para acometer una empresa que solo puede compararse á la famosa expedición de los argonautas, y por la generosidad castellana, simbolizada en la inmortal Isabel la Católica, llevaron nuestros padres á aquellas lejanas y desconocidas regiones el cultivo europeo de la vid, que si bien se halló en aquel país, diferia mucho por su cultivo casi ó del todo salvaje, de la nuestra. Con la vid española fueron las costumbres de su recoleccion y los hijos, civilizados hoy, de los Motezumás y de los Incas, celebraron y celebran las vendimias con alegres bailes y diversiones, si bien los indios bravos que no han admitido nuestras prácticas, se diferencian de los demas, por que su gentilica religion, les hace unir á todo sus prácticas supersticiosas. En el interes material de España estuvo que el cultivo de la vid no se generalizase en América, ni menos se hiciese vino en abundancia durante nuestra dominación por una idea que no comprendemos del todo bien, pero ya independiente aquel país, crece la vid y sus vinos van teniendo, si bien lentamente, alguna estimación.

De nuestro cuerpo de leyes se saca, que en lo antiguo el vino se vendía por las calles al por menor como el agua hoy, y lo propio el vinagre; notándose en un edicto de 24 de agosto de 1791 que tenia el privilegio de vender el vinagre solo el gremio de joyería menor, prohibiéndose hasta á los cosecheros el vender menos de una cuartilla. Que los cosecheros labradores de Madrid pagaban los derechos del vino á la entrada de la uva por las puertas, y que las casas de beneficencia y el clero nada pagaban de este derecho; así como tambien se ven las leyes protectoras que se dictaron para la mejor conservacion de las viñas, y la provision de las plantaciones de vides en América, en donde el vino se llevaba de España y era un ramo estancado que beneficiaba el gobierno. En cuanto á las vendimias se hallan tambien leyes que determinaron sus épocas y aun fijaron sus dias y su método conforme á las diversas costumbres y clima de los antiguos reinos en que estuvo dividida la península, y llegaron á ser tan severas, que no solo se condenaba á la vergüenza pública al que sin permiso se introducía en una viña á coger uvas, al cual se le sujetaba por el pescuezo con una argolla de hierro, por algunas horas en la plaza pública, cosa que hemos visto practicar aun estos años, si que tambien castigaba y multaba al dueño de un majuelo ó viña si iba á vendimiar antes del día señalado, ó si sin licencia de la autoridad iba á sus posesiones á cortar racimos para su consumo. Esta bárbara ley, pues por tal la tenemos por mas que se halle estribada en una regla de comodidad y seguridad general, porque hay otros medios de lograr el propio fin sin atacar al uso de la propiedad, ha sido abolida por otra del actual régimen representativo, en la que se previene que cada propietario pueda vendimiar sus viñas cuando y mejor le parezca, ó tratar.

las y coger sus frutos del modo y cuando le convenga. Apesar de esta ley, la propia seguridad ha hecho que los cultivadores de la mayor parte de nuestros pueblos se hayan convenido en hacer la recolección en un día dado á elección de la mayoría, con lo que se libran del disgusto de que algunos al vendimiar su viña, vendimien al propio tiempo las ajenas; pero esto no obsta para que el que desee hacerlo antes lo ejecute con toda libertad como es justo. Esta uniformidad ha mantenido en nuestra España el bullicioso y divertido carácter de las vendimias, de cuya diversion y utilidad disfrutaban hasta los pobres, por la costumbre que hay de dejarles en las cepas los carpones ó racimillos pequeños para que se aprovechen de ellos, á lo cual llaman en Castilla *rebuscar la uva*.

Si seria vistoso en Roma á la par que repugnante el ver correr á las bacantes con sus tirsos cubiertos de yedra y de pámpanos cantando y bailando delante de los vendimiadores que conducian la uva, y el asistir á las libaciones que en honor de Baco hacian en las bodegas con el vino añejo, así como el verles montados en asnos disfrazados de sátiros y de silenos, haciendo gestos y contorsiones ridiculas é indecentes y entonando himnos burlescos y grotescos, que fué lo que dió á Thespis motivo para idear la comedia, voz que significa en griego *cancion de aldea*, porque empezaron á representarse en las aldeas las primeras, por mucho mas divertidas debemos tener nosotros nuestras vendimias al observar que nada indecoroso é inmoral se tolera en ellas por nuestras leyes y menos por nuestra santa religion, y al ver el gracejo y galanteria española ser el alma de tan útil operacion.

En efecto, como el otoño en España es la estacion del año mas deliciosa, tanto por el renuevo de la frescura y en que se viste con nuevas galas la campiña, cuanto por lo templado y suave del clima, entre los fuegos del pasado estio y los hielos del venidero invierno, salen de las grandes poblaciones porción de personas ansiosas de respirar los dulces y aromáticos miasmas de la embalsamada atmósfera, y deseosas de participar de la alegría de los campesinos al recoger el fruto de Baco, con cuyos licores se han de deleitar y vigorizar. Con este motivo se improvisan alegres caravanas, y ya en los pacientes y sosegados asnos en los paises montuosos, ya en las ligeras galeras en los llanos, se vé correr la belleza española á las viñas servida de mil galanes que se apresuran á obsequiarla sirviéndola de caballerosos escuderos que promueven su diversion y solaz por todos los medios honestos posibles. Cada viña se convierte en un aduar de civilizada sociedad, en el que los cantares mas alegres alternan con los mas airosos bailes, y en el que se vigorizan los estómagos con el rico vino español y se refresca la boca con los dorados ó ebanicos racimos. Las vendimiadoras y vendimiadores al paso que con alegres cantares van llenando los cestones y las banastas que envian á los lagares, obsequian á sus huéspedes con los racimos mas sazonados, y parece que la felicidad de los campos Eliseos se halla en todos los campos presididos por las gracias y por los amores. La alegría con que retornan las caravanas á las poblaciones en nuestras Castillas y en Andalucía, no es cosa fácil de describir: engalanadas las soberbias mulas con sus mejores preseas y sacudiendo sus collares cuajados de sonoras campanillas, conducen las galeras en medio de multitud de labriegos cargados con los aperos de labranza que son de fácil y ligera conduccion, y ya en coros dirigidos por uno, ya en cantares al placer de cada aduar, hacen que les sea cortísimo el camino que media entre las viñas y los pueblos, á cuya entrada disfrutan de su alegría los que no pudieron ir á participar de la diversion en el campo, de suerte que parecen entradas triunfales que se festejan por

todos. Otra diversion disfruta el forastero demasiado pacifico ó perezoso quedándose en el pueblo cuando los demas se van á vendimiar, y esta es la fabricacion del vino, cuya antigüedad dejamos consignada con relacion al patriarca Noé, Osiris y Baco, si bien habiendo dicho poco de su fabricacion, añadiremos alguna cosa.

Como describe el sabio anticuario Mr. Caylus en el tomo 3.º, pág. 162 de su coleccion de antigüedades egipcias, etruscas, griegas, romanas y de los galos, con referencia al monumento que dibuja en el núm. 2 de la lámina 58, que es un precioso bajo relieve consagrado á Baco que se halla en el Gabinete de antigüedades de Nápoles, y es procedente de las escavaciones de Pompeya, en los primeros siglos de la fabricacion del vino se sacó el jugo de la uva, que se conducia en cueros hechos sacos abiertos, de donde tal vez venga la costumbre de trasportarse el vino en pellejos, por medio de enormes piedras informes que se cargaban sobre los montones de uva que formaban en los lagares los vendimiadores. Esta costumbre atribuida á Baco y usada en tiempo de Job, que no es otra cosa que la prensa, puede decirse que aun está en uso en cierto modo entre nosotros, puesto que en los pueblos en que se cuidan mas de la abundancia del vino que de su buena calidad, despues de haberse pisado, se carga sobre el ollejo una enorme viga para que á fuerza de prensar la uva, salga completamente el jugo, y en otras partes en vez de la viga y de las prensas se carga enormes piedras labradas. En las buenas bodegas se saca aparte el vino que se pisa, que es el mejor, del que se prensa, que siempre sale aspero, y en muchas partes en que hay abundancia, está enteramente abolido el prensar la casca, la que se deja para beneficiar las tenajas y para hacer buenos aguardientes y vinagres. Los antiguos hacian la misma separacion de liquidos, llamando al primero *protopon*. Hágase uno ú otro, hombres de este oficio en unas partes y los mismos cultivadores en los paises y casas pobres, hacen el vino pisándolo, teniendo dispuestos los lagares para que el mosto corra á las tenajas en que ha de fermentar en los cocederos de las que se trasiega ó muda en época dada á las bodegas en que se ha de conservar. La pisacion se hace á pie descalzo, y la alegría siempre acompaña á la operacion, que se ameniza con sendos tragos de lo añejo que es el que al paso que vigoriza las pantorrillas de los pisadores, les inspira festivos cantares en lo que se prueba que no fueron muy descariados los antiguos cuando atribuyeron al vino la virtud y eficacia de acalorar al nimen y entusiasmo poetico y facilitar el ingenio para la versificacion, lo que confirmó Horacio cuando dice haber visto á Baco en una montaña enseñando poesia á las Ninfas y á los sátiros, y cuando refiere que el antiguo poeta Ennio no hacia jamás versos sin estar bien bebido.

Desde que se restableció la monarquía cristiana en España, los enemigos de los moros consagraron en cada pueblo á alguna imagen de la virgen ó de sus santos patronos, y muchos de ellos fijaron en la época de las vendimias sus festividades. Por esta razon se ven en los meses de setiembre y de octubre en nuestras poblaciones agricolas tantas funciones religiosas en las que campea, despues de los actos religiosos, nuestra natural y galante alegría. En muchos pueblos se señala en Castilla el primer día de vendimias para el día del Arcángel San Miguel á 29 de setiembre, ó para los de San Francisco el 4 de octubre, ó Nuestra Señora del Rosario que cae en el mismo, y en estos dias suelen hacerse las mataciones de mosas de labor, muchos matrimonios y las variaciones de las cascas, razon porque en las simbólicas y picantes seguidillas de este pais, se llama vendimiador á San Miguel cuando se refieren á describir ó á anunciar esta operacion agricola.

En Francia y en algunos pueblos de España, se han

dirigido y aun dirigen preces á los santos cuyas festividades caen á fines de abril y primeros días de mayo, para que pidan á Dios preserve de las heladas á las viñas, á las que hacen gran daño en esta época. Por esta razón se llamó vendimiadores á estos santos, á los cuales se hacían rogativas públicas. Con referencia á esta costumbre hemos leído en un autor francés, que se cuenta por tradición que los labradores de *Villeneuve Saint-Georges* en Francia, arrojaron un 23 de abril al río la imagen de su santo patron por que en el día de su festividad amanecieron heladas todas las viñas. Que un 25 de mayo sufrió igual descalzo en *Verriere San Didier* por la misma causa, y que ambos pueblos pidieron se fijase la fiesta de estos santos para después de vendimias; sin duda estas gentes ignorantes llevaron la idea, en tan extraña petición, de castigar á los espresados santos no haciéndoles la fiesta el año en que sus viñas se helasen; los españoles de carácter desinteresado y de religion fija y sin condiciones con los gloriosos objetos de su devoción, festejan á sus santos patrones lo mismo y con igual voluntad los años buenos que los malos de cosecha, achacando como deben á sus faltas y pecados y no á la intencion ó descuido de aquellos gloriosos abogados, los castigos que Dios les envía, que creen merecerlos mas y ser siempre menores por la intercesion de sus protectores celestiales.

No podemos concluir este artículo sin completarle con la relacion de los nombres siquiera de los mejores y mas celebrados vinos de la antigüedad, así como de los nuestros y de algunas otras costumbres á que ha dado y dá lugar el fruto de Baco.

Los vinos de Grecia los conocemos por los poetas que los dejaron consignados en sus cantares, y de ellos resulta que los mas estimados de la Grecia fueron los de las islas de Creta ó Candia, de Lesbos, Chio y de Chipre que siguen siendo apreciados en el día. En Italia fueron famosos los de Capua, Mascica, Calena, Cecuba y de Falerno, que fueron muy celebrados por Horacio y se conservaban en ánforas de barro traídas de la isla de Samos. En España los de Málaga fueron siempre famosos, y hoy cada provincia los tiene superiores, y en Francia el Burdeos y el Champaña están desde muy antiguo al frente de todos los demas.

Se sabe que los sabinos ponian un vaso de vino llamado *depesta* en el altar de sus dioses en los dias festivos, y las ofrendas de vino que en algunos pueblos de España se han hecho en ciertas festividades religiosas, pueden tener este origen. Los hebreos daban á los condenados á muerte vino mezclado con mirra para entor-

pecer sus sentidos; en España se les suele dar un poco de vino para vigorizar su espíritu y llamar sus sentidos al arrepentimiento de sus culpas. Como el vino era muy escaso en Italia en tiempo de Rómulo, las libaciones religiosas se hicieron con leche, y su sucesor Numa, prohibió el regar con vino las sepulturas. Los romanos prohibieron beber vino á las mugeres, nosotros condenamos el esceso, pero las damos á beber primero. El abuso del vino se ha condenado siempre por todos los legisladores, y como en Judea uno de los principales votos de los nazarenos, fué la abstinencia del vino, las leyes cristianas siempre han prohibido el abuso y lo propio hacen las nuestras y se observa en las cretenses. Leemos en Plutarco que como los tracios fuesen dados al vino, Licurgo mandó arrancar todas las viñas de sus estados. Los ingleses no empezaron á beber por placer el vino hasta el año de 1298, usándole antes por remedio, de suerte que fué un artículo de botica; pero en el día las gentes acomodadas de este pais, se hacen llevar los de mas celebridad y abusan tanto de ellos, que casi es inherente á su carácter actual el embriagarse después de comer. Durante la temporada del fruto de Baco, la uva es el manjar mas esquisito y el mas apetecido en España en el que por medio de cantares se ha fijado su historia como se vé por las seguidillas que cantan nuestras airo-sas campesinas, por ejemplo:

Por San Juan y San Pedro
Pintan las uvas,
Por la Virgen de agosto
Ya están maduras;
Y es su fortuna
Si San Miguel las hace
Vino en las cubas.

Tambien se determina por proverbio la alegre vendimia y conclusion del fruto en las viñas cuando se dice:

Por San Simón y Judas
Carponcito de tres uvas.

Otras muchas cosas podriamos citar relativas al cultivo de la vid, á su historia, fabricacion del vino y á la alegre festividad de las vendimias; pero no siendo de nuestra arqueológica inspeccion lo que no hemos apuntado, nos parece suficiente lo espresado para dar una ligera idea de esta parte de nuestras costumbres, que es el objeto que nos hemos propuesto en este artículo.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS DE VIAGES.

ITALIA.—ROMA.

CASTILLO DE SAN-ANGELO.

Roma es un vasto monton de ruinas que trae á nuestra memoria recuerdos de dias gloriosos que pasaron. La ley del talion se manifiesta de una manera evidente en la ciudad eterna: *ya que arruinaste, serás á tu vez arruinada*. Sin embargo, á pesar de su justo desti-

no, no puede el ánimo del viajero contemplar impasible tanta grandeza reducida á escombros.

Entre los monumentos, cuya solidez que junta al cuidado de los modernos ha librado de los estragos del tiempo, se nota el sepulcro de Adriano, que edificó este emperador para si y sus sucesores, cuando abandonó la tumba que Augusto habia edificado con el mismo objeto.

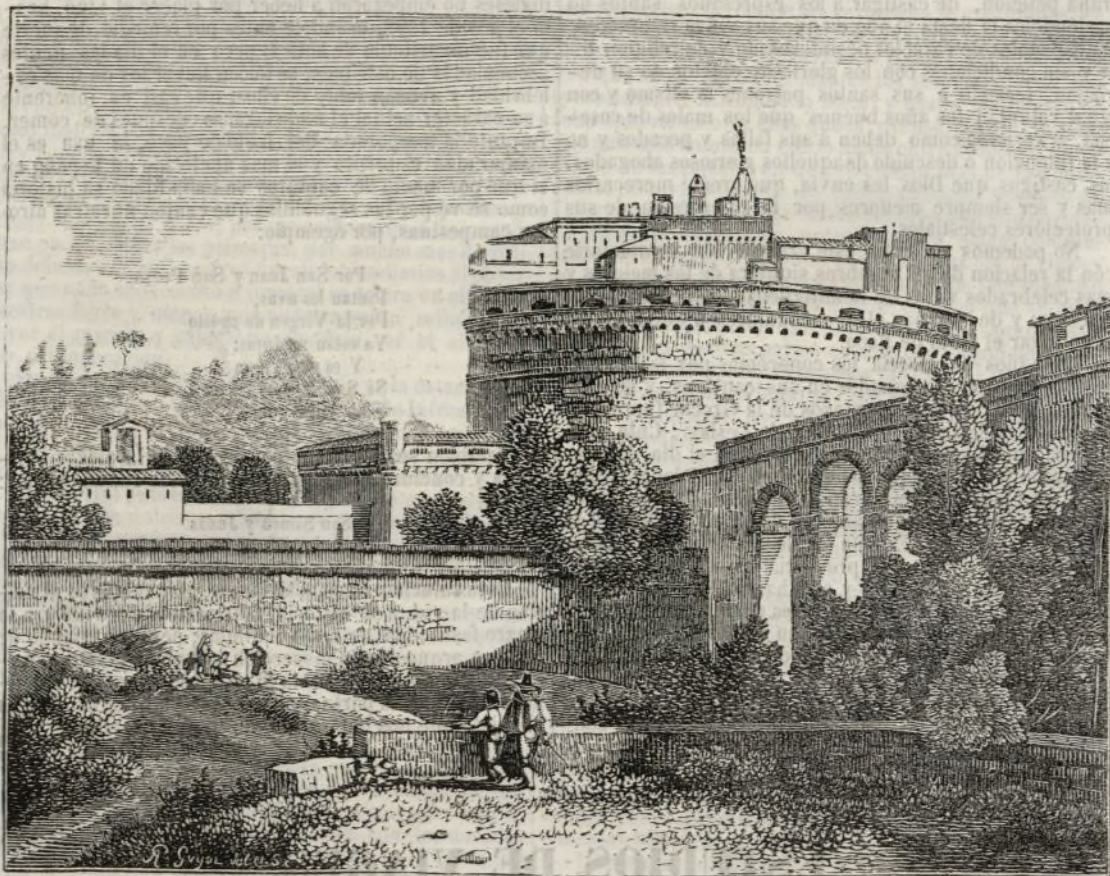
El mausoleo de Adriano, y cuyas bellisimas estatuas sirvieron de proyectiles al ejército greco-romano de Belisario en sus combates contra los godos, este mausoleo fué por fin trasformado en fortaleza por los

papas Benedicto XI y Urbano VIII, recibiendo el nombre de castillo de San-Angelo. Los pontífices sucesores de Bonifacio tomaron á su cargo convertir aquel monumento en una verdadera ciudadela, cuyo imponente aspecto demuestra ciertamente la imágen de una maravillosa grandeza.

Un largo corredor cubierto, de robusta construcción, y que hace mucho efecto al través de las columnas de la plaza de San Pedro, comunica desde el Vaticano al castillo, para que en el caso de que el pueblo se revolucione, pueda servir de asilo á los dueños de Roma. Para bajar á los subterráneos, hay que verificarlo con

antorchas encendidas: no todos los galeotes son allí ladrones, por cuanto que en Roma se aplica la pena de galeras á simples delitos correccionales, tales como riñas, vias de hecho, y hasta haber silbado ó alborotado en el teatro. Entre las muchas estancias que se muestran al viajero, se vé aquella en que suponen estuvo preso el mágico Cagliostro, cuyas paredes están cubiertas de geroglíficos.

Cagliostro encerrado en esta fortaleza, trató de salvarse por medio de un crimen atroz: habiendo fingido verse acometido de una enfermedad mortal, pidió los auxilios de un confesor. Pasó á su estancia un capuchi-



no; el preso dió principio á su confesion con voz lánguida y apagada, pero de repente se arroja sobre el religioso y procura ahogarle, para despues vestirse con sus hábitos y evadirse con dicho disfraz; pero el capuchino dió grandes gritos, y acudiendo la guardia se libró del peligro. Poco despues trasladaron á Cagliostro á Civitavecchia, donde falleció al cabo de algunos meses.

El populacho de Roma atribuía á Cagliostro un poder tan temible, que cuando le prendieron esperaban que resultarían grandes desastres sobre la ciudad; y el

verdugo, al cumplir la órden de hacer pedazos la espalda del reo y de arrojar al fuego sus papeles lo verificó volviendo la cara y atreviéndose apenas á tocarlos.

Todos los viajeros suben á la plataforma del castillo, desde donde se descubre una vista sorprendente, y nunca se olvidan de examinar las escavaciones hechas en el fondo del edificio, con las cuales se descubrió la antigua puerta del mausoleo, y un camino espiral de un trabajo extraordinario; cuyo pavimento lo forma un precioso mosaico de fondo blanco; y desde allí se entra á distintas estancias sepulcrales.